

Cicerone, *De optimo genere oratorum*, 13-14; 23

Sed cum in eo magnus error esset, quale esset hic dicendi genus [i e Attice], putavi mihi suscipiendum laborem utilem studiosis, mihi quidem non necessarium. Converti enim ex Atticis duorum eloquentissimorum nobilissimas orationes inter seque contrarias, Aeschini et Demosthenis, nec converti ut interpretes, sed ut orator, sententias isdem et earum formas tamquam figuris, verbis ad nostram consuetudinem aptis. In quibus non verbum pro verbo necesse habui reddere, sed genus omne verborum vimque servavi. Non enim ea me adnumerare lectori putavi oportere, sed tamquam adpendere (13-14)

Quorum ego orationes si, ut spero, ita expressero virtutibus utens illorum omnibus, id est sententias et earum figuris et rerum ordine, verba persequens eatenus, ut ea non abhorreant a more nostro —quae si e Graecis omnia conversa non erunt, tamen ut generis eiusdem sint elaboravimus—, erit regula, ad quam dirigantur eorum orationes qui Attice volent dicere. Sed de nobis satis. Aliquando enim Aeschinem ipsum Latine dicentem audiamus (23) ¹

«Mas, por ser grande el error en lo relativo a esta manera de hablar [en estilo ático], pense que debía emprender un trabajo útil para los estudiosos, aunque para mí innecesario. Por eso vertí los discursos más famosos, y opuestos entre sí, de los dos oradores áticos más elocuentes, Esquines y Demostenes, pero no los vertí como interprete, sino como orador, con las mismas ideas y con sus formas a modo de figuras, pero con palabras acomodadas a nuestro uso. No me pareció necesario volver palabra por palabra, pero conserve todo su estilo y su fuerza. Pues no me considere obligado a contárselas al lector, sino, por decirlo así, a pesárselas (13-14)

Si, según creo, he reproducido estos discursos conservando todos sus valores, es decir, los pensamientos y sus figuras y el orden de la exposición, cuíen dome a las palabras solo en la medida en que no se apartan de nuestro uso —pues aunque estas no hayan sido vertidas todas del griego, ciertamente nos hemos esforzado en que sean del mismo estilo—, habrá una norma por la que se rijan los discursos de quienes deseen expresarse al modo atico. Pero no hablemos mas de nosotros. Oigamos ya en latín al propio Esquines» (23)

Horacio, *Arte poetica*, vv. 128-134

Difficile est proprie communia dicere, tuque
rectius Iliacum carmen deducis in actus
quam si proferres ignota indictaque primus.
Publica materies priuati iuris erit, si
non circa uilem patulumque moraberis orbem,
nec uerbo uerbum curabis reddere fidus
interpres nec desilies imitator in artum.

[Non è facile rendere in modo personale il repertorio comune, ma è meglio porre in scena un canto dell'Iliade che proporre novità inesplorate. È materiale pubblico che diventerà nostro, se non ti perdi nel cerchio banale del già noto, e non ti affanni a rendere parola per parola come un fedele traduttore]

Dante, *Il Convivio* (1307), I, VII, 14-15

«E però sappia ciascuno che nulla cosa per legame musaico armonizzata si può della sua loquela in altra transmutare senza rompere tutta sua dolcezza ed armonia.

E questa è la cagione per che Omero non si mutò di greco in latino, come l'altre scritture che avemo da loro. E questa è la cagione per che i versi del Salterio sono senza dolcezza di musica e d'armonia: ché essi furono transmutati d'ebreo in greco e di greco in latino, e nella prima transmutazione tutta quella dolcezza venne meno».

Maimónides, *Carta a Ben Tibbon* (1199)

«Y siempre que traduzcas de una lengua a otra, hazlo conforme a la inteligencia que Dios, alabado sea, te ha dado para que comprendas las metáforas, las alegorías y las palabras de los sabios y sus enigmas... Aquel que pretenda traducir de una lengua a otra y se proponga traducir siempre una palabra dada únicamente por otra que le corresponda, guardando el orden de los textos y el de los términos, tendrá que esforzarse mucho para finalmente conseguir una traducción incierta y confusa. Este método no es correcto. El traductor debe, sobre todo, aclarar el desarrollo del pensamiento, después escribirlo, comentarlo y explicarlo de modo que el mismo pensamiento sea claro y comprensible en la otra lengua. Y esto solo se puede conseguir cambiando a veces todo lo que le precede y le sigue, traduciendo un solo término por más palabras y varias palabras por una sola, dejando aparte algunas expresiones y juntando otras, hasta que el desarrollo del pensamiento esté perfectamente claro y ordenado y la misma expresión se haga comprensible, como si fuera típica de la lengua a la que se traduce».

Sobre la traducción correcta (¿ca. 1420?)

PRÓLOGO

1. Tras haber vertido del griego al latín la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles, le añadí un prólogo en el que refuté con argumentos al antiguo traductor¹ por sus numerosos errores. Según oigo, algunos me censuran tales refutaciones por considerarlas demasiado duras. Pues dicen que, aunque había errores, sin embargo él de buena fe expuso públicamente cuanto apreció, y no merecía censuras por esto, sino alabanzas; que los críticos moderados han tenido por costumbre no poner al descubierto los errores notorios hasta tal extremo, sino refutarlos con hechos más que censurarlos con palabras.

2. Reconozco que en mi crítica fui algo más vehemente de lo normal; pero por una indignación de mi espíritu sucedió que, al ver esos libros en griego llenos de elegancia, encanto y un inestimable ornato, sin duda sufría en mi interior y me angustiaba de ver los mismos libros en latín mancillados y afeados por una adulteración tan grande de la traducción. Pues, en el supuesto de que me deleitase una pintura muy bien ejecutada y hermosa, como las de Protógenes, Apeles o Aglaofonte², de la misma manera que yo sufriría mucho y no podría consentir que alguien la afease y me alzaría de palabra y obra contra la persona que la hubiese afeado, así me atormentaba interiormente y me conmovía muy vivamente viendo perder pureza a los citados libros de Aristóteles, que son más resplandecientes y bellos que cualquier cuadro. Por consiguiente, si a alguien le hemos parecido demasiado vehementes, sepa que nos conmovió esta causa, que sin duda es de tal naturaleza, que, aunque nos hubiésemos excedido, no obstante se nos debería conceder el perdón mercedamente.

3. Pero a nuestro juicio no nos hemos excedido, sino que, aunque coléricos, hemos conservado la moderación y la cortesía. En efecto, considérese de este modo: ¿Acaso dije algo contra las costumbres del traductor o contra su vida? ¿Acaso le censuré por pérfido, ímprobo o libidinoso? Nada de esto, evidentemente. ¿Qué es, pues, lo que censuré en él? Sólo su desconocimiento de las obras literarias. Pero esto, por Dios, ¿qué reproche es a fin de cuentas?

¹ Roberto Cabezagruesa mejor que Guillermo de Moerbeke, según E. Franceschini, «Leonardo Bruni e il "vetus interpres" dell'*Ética Nicomachea* di Aristotele», *Medioevo e Rinascimento (Studi in onore di B. Nardi)*, Florencia 1955, 300-319.

² De los tres pintores griegos citados por Bruni, sin duda el más célebre fue Apeles, muerto a comienzos del s. III a. C. y famoso por sus retratos de Filipo y Alejandro. Gozó de extraordinaria fama entre los retratistas del Renacimiento.

¿Acaso no puede alguien ser un hombre bueno, y, sin embargo, no conocer profundamente las obras literarias o no tener la gran destreza que en este tema exijo? Yo no dije que él era un mal hombre, sino un mal traductor. Esto mismo tal vez yo lo hubiese dicho de Platón, si él hubiese querido ser timonel de un barco, pero no hubiese tenido destreza para manejar el timón. Ciertamente en nada le rebajaría yo el mérito de su filosofía, sino que solamente le criticaría el hecho de que fuese un timonel inexperto e inepto.

4. Y para que todo esto se entienda con mayor claridad, te expondré³ en primer lugar cuál es mi opinión sobre el método de traducir. A continuación justificaré las críticas que he hecho. En tercer lugar mostraré que en la crítica de los errores cometidos por el traductor he observado las costumbres de los hombres más sabios.

I

1. Pues bien, afirmo que toda la esencia de la traducción consiste en trasladar correctamente a una lengua lo que se ha escrito en otra. Pero correctamente esto no lo puede hacer alguien que no posea mucho y gran dominio de ambas lenguas. Y ni siquiera esto es suficiente. Pues muchos son aptos para saber apreciar una actividad, pero no lo son para ponerla en práctica, de la misma manera que juzgan correctamente sobre pintura muchos que no están dotados ellos mismos para pintar, y son entendidos en el arte musical muchos que son ineptos para cantar.

2. Así pues, la traducción correcta es una tarea extremadamente difícil. Pues en primer lugar se ha de poseer el conocimiento de la lengua de la que se traduce, y éste no debe ser parco ni general, sino vasto, corrientemente practicado, minucioso y adquirido mediante la abundante y constante lectura de los filósofos, oradores, poetas y todos los demás escritores. En efecto, nadie que no los haya leído a todos, desarrollado, estudiado en todos sus aspectos y dominado, puede comprender la esencia y los significados de sus palabras, siendo así que el propio Aristóteles y Platón fueron, por así decirlo, maestros supremos de la literatura e hicieron uso de la más elegante forma de escribir, llena de sentencias y máximas de los antiguos poetas, oradores e historiadores, y que frecuentemente se encuentran en ellos tropos y figuras de dicción que significan una cosa literalmente, pero otra según el uso corriente ya formado. De tal naturaleza son entre nosotros «gero tibi morem», «desiderati milites», «boni consules», «operae pretium fuerit», «negotium facesso» y miles de este tipo. Pues qué es «gerere» y qué es «mos», incluso un lector inexperto lo entiende; pero lo que significa el conjunto es algo distinto. Una

³ Bruni dedicó este tratado a Antonio di Berto, canceller de Siena.

cosa es «desiderati milites centum» si se atiende a las palabras ⁴, pero significa «perecieron» si se atiende al lenguaje corriente. Lo mismo sucede respecto a los demás ejemplos que más arriba hemos puesto, pues las palabras significan una cosa, pero su sentido es otro.

«Deprecor hoc» tiene sentido negativo. Pero un lector rudo e inexperto lo comprenderá como si se deseara lo que intenta evitar, por más que deba tomarse en sentido opuesto: me dirá lo contrario de lo que contiene la palabra de la que hace la traducción. «Iuventus» y «iuuenta» son dos términos de los que uno alude a la «multitudo» y otro a la «aetas» ⁵: «Si mihi foret illa iuuenta», dijo Virgilio; y, en otro lugar, «primaevum flore iuventus exercebat equos»; y Livio, «armata iuventute excursionem in agrum Romanum fecit». «Deest» y «abest»: el primero implica reprobación, pero elogio el segundo. Pues decimos que falta («deesse») lo que es bueno, como la voz en el orador y las gesticulaciones en el actor, pero que están ausentes («abesse») los defectos, como la inexperiencia en el médico y la prevaricación en el abogado. «Poena» y «malum» parecen afines, pero son muy distintos. Pues «dare poenas» es «subire» y «perpeti», pero «dare malum» es «alteri inferre». Por el contrario, ¿qué puede parecer más distinto que «recipio» y «promitto»? Sin embargo, a veces son lo mismo. Pues cuando decimos «recipio tibi hoc», no damos a entender algo distinto de «promitto». Podría enumerar casi innumerables ejemplos de este tipo, en los que muy fácilmente se equivocaría quien no sea muy instruido. Así pues, quien no considere atentamente estas cuestiones tomará un término por otro.

3. Frecuentemente también indicamos pensamientos completos a partir de uno u dos vocablos, como «actoris Aurunci spoliū», que irónicamente el poeta dijo del espejo; y el «utinam ne in nemore Pelio», que pone de manifiesto el origen y causa primera de un mal. Estas alusiones son muy frecuentes entre los griegos. En efecto, Platón intercala cosas así en muchos pasajes, y Aristóteles las usa frecuentemente: como «duo simul euntes», que, tomándolo éste de Homero, lo aplica al poder y la fuerza de la amistad; y «de surreptitio repulso», que, dicho por Aquiles en su discurso a los embajadores, lo reprodujo en la *Política*; y «de Helenae pulchritudine et gratia», que, sabiamente dicho por los ancianos troyanos, él lo aplica a la naturaleza del placer. En este tema el campo para hablar es amplio. Pues la lengua griega se halla muy difundida, habiendo innumerables ejemplos de este tipo en Aristóteles y Platón tomados de Homero, Hesíodo, Píndaro, Eurípides y otros poetas y escritores antiguos; y, por lo demás, se intercalan abundantes figuras, de modo que, si alguien no se ha dedicado a la frecuente y variada lectura de cualquier

⁴ «Se echaron de menos cien soldados».

⁵ Es decir, el primero significa un número de jóvenes, mientras que el segundo indica un momento de la vida.

clase de escritores, se equivoca muy fácilmente y comprende mal lo que se ha de traducir.

4. Así pues, que la primera preocupación del traductor sea conocer con suma pericia la lengua de la que traduce, lo que jamás logrará sin la frecuente, variada y atenta lectura de toda clase de escritores. Después debe manejar de tal manera la lengua a la que quiere traducir, que en cierto modo la domine y la tenga toda en su poder; que, cuando una palabra se haya de traducir por otra, no la mendigue, ni la tome en préstamo, ni la deje en griego por desconocimiento de la lengua latina; que conozca con precisión la esencia y naturaleza de las palabras, para que no diga «modicus» por «paruus», «iuuentus» por «iuuenta», «fortitudo» por «robustus», «bellum» por «proelium», «urbs» por «ciuitas». Además debe discernir la diferencia que hay entre «diligere» y «amare», «eligere» y «expetere», «cupere» y «optare», «persuadere» y «perorare», «recipere» y «promittere», «expostulare» y «conqueri» y las casi ilimitadas de este tipo. En ningún caso puede desconocer el lenguaje habitual y las figuras de dicción que usan los mejores escritores, a los que también él mismo debe imitar al escribir, así como huir de las novedades especialmente inapropiadas y bárbaras de las palabras y frases.

5. Todas las cualidades que anteriormente hemos dicho le son necesarias al traductor. Y, además, que tenga un 'riguroso' discernimiento basado en el oído, para que al menos él no destruya ni altere lo que se dice con elegancia y rítmicamente. Pues, habida cuenta de que el conocimiento de la materia y el estilo literario se manifiestan en cada uno de los mejores escritores y sobre todo en las obras de Platón y Aristóteles, solamente será un traductor estimado quien preste atención a ambos aspectos.

6. En suma, los defectos del traductor son: comprender mal lo que hay que traducir, reproducirlo mal o verter él mismo de tal manera lo que el autor original ha dicho apropiada y armónicamente, que obtiene como resultado algo inadecuado, inarmónico y disforme.

Si intenta traducir cualquiera que no esté forjado en el conocimiento específico y en la literatura de modo que pueda evitar todos estos vicios, con razón debe ser denigrado y reprobado por empujar a los hombres a errores varios trayendo a colación una cosa por otra, o bien por rebajar la grandeza del autor original haciéndole parecer ridículo y absurdo.

7. Y decir que no merece reproches, sino alabanzas, quien expuso públicamente lo que tuvo a bien, de ningún modo es correcto en estas artes que exigen pericia. Tampoco el poeta, en efecto, merece alabanza si hace malos versos a pesar de que intentó hacerlos buenos, sino que lo censuraremos y denigraremos porque trató de hacer lo que no sabe. Y censuraremos al escultor que ha hecho mal una estatua, a pesar de que no lo haya hecho por mala fe, sino por ignorancia. Pues, de la misma manera que los que pintan un cuadro a imitación de otro toman de éste la forma, la actitud, el movimiento y la

configuración del cuerpo entero y no reflexionan sobre lo que ellos mismos harían, sino sobre lo que otro ha hecho, así en las traducciones el óptimo traductor se volverá con toda su mente, ánimo y voluntad al autor original del texto y en cierto modo lo transformará tratando de expresar la forma de su discurso, su actitud, su movimiento y colorido y todos los rasgos en general. De esto se obtiene un resultado sin duda admirable.

8. En efecto, puesto que casi todos los escritores tienen una modalidad de expresión suya y propia, como la ampulosidad y abundancia en Cicerón, la sequedad y brevedad en Salustio, una sublimidad algo áspera en Tito Livio, sin duda el buen traductor se adaptará a cada uno de los autores que debe traducir de modo que siga el estilo de cada uno de ellos. Así, en el caso de que traduzca a Cicerón, no podrá dejar de desarrollar sus períodos ciertamente amplios, copiosos y desbordantes con igual variedad y abundancia hasta la última digresión, de acelerarlos unas veces y de contenerlos otras. O, en el caso de que traduzca a Salustio, le será de todo punto preciso reflexionar casi sobre cada una de las palabras, intentar obtener su significación propia y el máximo de exactitud y en cierto modo estar dominado y coartado por esto. O, en el caso de que traduzca a Livio, no podrá dejar de imitar su modalidad de expresión. Así pues, el traductor se ve arrastrado por la propia realidad al modo de expresarse de aquel a quien traduce, y de ningún otro modo podrá conservar bien el sentido más que si se interna y encauza por las frases y períodos de aquél junto con la significación propia de sus palabras y la similitud del estilo. Este es, pues, el método óptimo para traducir: conservar lo mejor posible la forma del estilo original, de manera que las palabras no se aparten de su sentido ni el brillo y la belleza del estilo falten en las propias palabras.

9. Pero si toda traducción correcta es difícil a causa de las muchas y variadas condiciones que se requieren en ella (como más arriba hemos dicho), no obstante es muchísimo más difícil traducir bien lo que el autor primero ha escrito con ritmo y ornato literario. Sin duda, en una composición rítmica es preciso avanzar por miembros de frase, miembros de período y períodos y cuidarlos con suma atención para que el párrafo acabe de forma adecuada y bien proporcionada. También en la conservación de los demás ornatos se habrá de mostrar suma diligencia. Pues, si el traductor no conserva todo esto, la grandeza original de la composición se pierde y debilita completamente. Sin embargo no puede conservarse sin gran esfuerzo y un gran conocimiento de la literatura. El traductor, pues, ha de comprender las cualidades propias de una composición de este tenor, por así decirlo, y ha de reproducirlas del mismo modo en la lengua a la que traduce. Y puesto que los tipos de adornos son dos (uno por el que las palabras adquieren brillo y otro por el que lo adquieren los pensamientos ⁶), sin duda ambos causan dificultad al traductor,

⁶ Son respectivamente las llamadas figuras de dicción y figuras de pensamiento.

aunque mayor la causan los brillos de las palabras que los de las frases. Y es que muchas veces los ornatos de este tipo consisten en efectos rítmicos, como cuando están colocados simétricamente los miembros iguales o se colocan contrapuestos los miembros contrarios u opuestos entre sí, a los que los griegos llaman «antitheta». En efecto, frecuentemente las palabras latinas tienen más sílabas, o menos, que las griegas, por lo que difícilmente el tono afecta de la misma manera a los oídos. También los dardos que a veces lanza el orador hieren fuertemente con la condición de que sean disparados con movimientos rítmicos, pues los débiles, los defectuosos o los que caen de manera inadecuada traspasan menos. Pues bien, el traductor debe conocer todos estos efectos muy puntualmente y reproducirlos con la mayor fidelidad mediante la conservación de los movimientos rítmicos. ¿Qué decir sobre los adornos de los pensamientos ⁷, que ilustran sobremanera la composición y la hacen admirable? Los mejores escritores emplean frecuentemente tanto estos ornamentos como los anteriores. ¿Acaso el traductor podrá impunemente ignorarlos, omitirlos o traducirlos sin tratar de conservar su grandeza?

10. Me ha parecido apropiado añadir algunos ejemplos sobre todas estas cuestiones para que se entienda mejor lo que he dicho, con el fin de que se vea que no sólo los oradores sino también los filósofos emplean frecuentemente ornamentos de este tipo y que, si su naturaleza no se conserva en la traducción, toda la grandeza de la composición desaparece.

11. En su obra *Fedro* el filósofo Platón expone cierto pasaje con muchísima elegancia y ritmo. He incluido aquí sus palabras, sobre las que volveré un poco más abajo. Son las siguientes: «Muchacho, uno solo es el punto de partida para los que desean tomar una buena determinación: que es preciso comprender aquello sobre lo que versa la deliberación o equivocarse totalmente. Pero a los más les pasa inadvertido que no conocen la realidad del asunto. En consecuencia, esto no lo hacen ver claramente al principio de la discusión, fingiendo conocerlo, pero a medida que avanzan (en la discusión) resulta, como es lógico, que no dicen palabras convenientes para sí mismos ni para los demás. Así pues, que a ti y a mí no nos suceda lo que condenamos en los demás. Pero, puesto que tú y yo debatimos si se ha de buscar más la amistad del amante o la del no amante, tras establecer de mutuo acuerdo una definición sobre el propio amor, en qué consiste y qué fuerza tiene, luego, tomando esto en consideración y refiriéndonos a ello, pongamos la atención en si causa provecho o perjuicio. Pues bien, que el amor es una especie de deseo es evidente. Y que incluso los que no aman desean, lo sabemos. Pero, para que discernamos al amante del no amante, de nuevo conviene comprender que en cada uno de nosotros hay dos ideas dominantes y conductoras, que seguimos por dondequiera que nos guían: la una es nuestro innato deseo

⁷ Es decir, las figuras de pensamiento.

DOCUMENTO

Al sabio y honorable N.¹⁶

Mi muy benévolo señor y amigo.

¡Gracia y paz en Cristo!¹⁷

Honorable, sabio, querido señor y amigo,

He recibido la carta de ustedes en la que me plantean dos problemas o preguntas, y piden mi opinión sobre dos tipos de cosas. Me preguntan ustedes, en primer lugar, por qué yo traduje las palabras de San Pablo en el tercer capítulo¹⁸ de la carta a los Romanos “*arbitrarius hominem iustificari ex fide absque operibus*” así: *Wir halten dafür, dass der Mensch gerecht werde ohne des Gesetzes Werke, allein durch den Glauben* [“sostenemos que el hombre se vuelve justo por la fe sola, sin las obras de la ley”]. Me informan ustedes que los papistas andan muy furiosos, sin razón, alegando que en el texto de Pablo no está la palabra “*allein*” [sola], que esta añadidura mía, tratándose de la palabra de Dios, es imperdonable, etc. La segunda pregunta consiste en si también los santos fallecidos rezan por nosotros dado que leemos que los ángeles rezan por nosotros, etc.¹⁹

Por lo que hace a la primera pregunta, podrían ustedes, si es que quieren hacerlo, contestar a sus papistas en mi nombre de la siguiente manera.

En primer lugar, si yo, el doctor Lutero, hubiera podido esperar que, el montón de papistas estaba en condiciones de, entre todos, traducir correctamente y bien al alemán aunque fuera un capítulo de la Biblia, ciertamente me hubiera humillado y les hubiera pedido

¹⁶ El nombre del destinatario de la carta es Wenzeslaus Link.

¹⁷ Es una fórmula muy común en las epístolas paulinas. Véase, por ejemplo, 1 Cor 1,3; 2 Cor 1,2; Gal 1,3, etcétera.

¹⁸ En el verso 28.

¹⁹ Como el interés por traducir este texto de Lutero proviene exclusivamente por su gran importancia para el problema de la traducción, y no por razones teológicas, omitimos la respuesta a la segunda de las dos preguntas planteadas. Por lo demás, la respuesta a la segunda pregunta ocupa muy poco espacio en la *Sendbrief*; muestra del escaso interés que tiene en la mente misma de Lutero.

su ayuda y asesoría para traducir el Nuevo Testamento. Pero como yo ya sabía—y ahora lo tengo claramente ante mis ojos—que ninguno de ellos sabe cómo se debe traducir o hablar alemán, me evité y les evité esa molestia. Se nota muy bien que, con mi traducción y con mi alemán, apenas están aprendiendo a hablar y escribir alemán. De manera que no sólo me roban mi lengua—de la que sabían muy poco antes de esto—sino que, en vez de darme las gracias, se complacen en usarla en mi contra. Yo, por mi parte, se los tolero de buena gana; me halaga sobremanera el haber enseñado a hablar a mis malagradecidos alumnos, además de enemigos.

En segundo lugar, pueden ustedes decir a los papistas que yo he traducido el Nuevo Testamento lo mejor y más concienzudamente que he podido. Además, a nadie he obligado a leerlo; mi intención más bien ha sido traducirlo y, con gusto, ponerlo a disposición de quienes, por sí mismos, no lo pueden hacer algo mejor. Pues a nadie se le prohíbe hacer otra traducción mejor. Quien no quiera leerlo, que no lo lea: ni le voy a suplicar que lo haga, ni le voy a echar flores por ello.

Es mi Nuevo Testamento y mi traducción, y míos seguirán siendo. Y aunque contuviera algún error—ciertamente no tengo conciencia de ello, y tengan por seguro que al traducir no he falseado, a sabiendas, ni una sola letra—de ninguna manera estoy dispuesto a tolerar que los papistas se erijan en jueces del asunto: por ahora, tienen las orejas demasiado largas y sus rebuznos²⁰ son muy débiles como para juzgar mi traducción. Yo sé muy bien la capacidad, dedicación, sentido común e inteligencia que debe tener un buen traductor; ellos, en cambio, saben de esto menos que un burro de molino, dado que nunca han ni siquiera intentado traducir.

Hay un dicho que dice que “quien edifica a la vera del camino, muchos maestros tiene”. Eso me pasa a mí. Individuos que no son capaces ni de hablar correctamente—no digamos de traducir—se han convertido de buenas a primeras en mis maestros y yo, a mi vez, tengo que ser discípulo de todo mundo. Si me viera en la necesidad de preguntantes cómo traducirían ellos las dos primeras palabras del

²⁰ El original dice: sus “*iah, iah*”.

evangelio de Mateo (1,1) *Liber generationis*,²¹ ninguno sería capaz ni de decir “cua-cua”. ¡Éstos son los distinguidos colegas que pretenden juzgarme a mí y toda mi obra! Lo mismo le pasó a san Jerónimo cuando tradujo la Biblia: todo mundo quería ser su maestro. El era el único que no sabía; se pusieron a criticarle al buen hombre su obra gente que no hubieran servido ni para limpiarle los zapatos. Por eso quien quiera hacer algo bueno que sea de interés público, debe armarse de aguante. Pues todo mundo quiere ser maestro perspicaz, pese a que no es capaz de hacer nada por sí mismo y siempre anda embriando el caballo por la cola. Ésta es su calaña y no puede apartarse de ella ni un ápice.

¡Me encantaría ver cómo se las arregla un papista para traducir una carta de Pablo o el libro de algún profeta sin echar mano del alemán y de la traducción de Lutero! Serían dignos de verse el fino, hermoso y excelente alemán o la traducción que resultaría. Ya hemos visto, en efecto, cómo ese sureño de Dresden ha corregido mi Nuevo Testamento.²² Me hice el propósito de no volver a mencionar su nombre en mis libros; ya ha encontrado su juez²³ además de ser muy conocido. Pese a reconocer que mi alemán era dulce y bueno, y no obstante que se dio perfecta cuenta de que no podía mejorarlo, quiso ridiculizar mi Nuevo Testamento antes de apropiárselo casi palabra por palabra, tal cual yo lo había hecho: quitó mi prólogo, mis notas y mi nombre, y en vez de ello puso su nombre, su prólogo y sus notas, y se puso a vender mi Nuevo Testamento, a su nombre. ¡Ah, queridos hijos, cómo me pudo que el príncipe de ese territorio²⁴ en su horrible prólogo haya condenado y prohibido

²¹ La expresión, como es evidente, corresponde a la Vulgata. Es raro que Lutero ponga un ejemplo tomado de la versión latina puesto que una de las singularidades de su Nuevo Testamento, en contraste con otras versiones de la Biblia que circulaban en la Alemania de su tiempo, es que se trataba de una traducción hecha a partir del texto original griego.

²² Se refiere, según veíamos a Jerónimo Emser, llamado también por Lutero el “cabrón de Leipzig” (*An den Bock zu Leipzig*, se llamaba un opúsculo del Reformador a él destinado).

²³ Estamos en 1530 y, como dijimos, Emser había muerto tres años antes, en 1527.

²⁴ Como es evidente por lo ya dicho, “el príncipe de ese territorio” es nada menos que Jorge de Sajonia.

leer el Nuevo Testamento de Lutero a la par que mandaba leer el Nuevo Testamento del sureño que es, ni más ni menos, el mismo que Lutero hizo!

Y para que nadie vaya a pensar que estoy mintiendo, toma ambos textos —el Nuevo Testamento de Lutero y el Nuevo Testamento del sureño— y compáralos y podrás darte cuenta quien de los dos es el traductor. Pues lo que él cambió o remendó en algunos pocos lugares —si bien no me gusta todo— podría yo darlo por válido en la medida en que toca el texto. Por ello no he querido escribir nunca en su contra. Me he contentado con reírme de la gran sapiencia que tan horrorosamente ha calumniado, maldito y prohibido mi Nuevo Testamento mientras apareció a mi nombre, en tanto que ha ordenado leerlo no bien apareció a nombre de otro.

Esa es sagacidad de verdad: calumniar y difamar el libro de otro para luego robárselo y publicarlo a nombre propio, buscando para sí, con el vituperado trabajo ajeno, la alabanza y la gloria. Que cada quien juzgue por sí mismo. A mí me basta y estoy contento con que mi trabajo —como el mismo san Pablo se gloriaba—²⁵ sea requerido hasta por mis enemigos y que el libro de Lutero sin el nombre de Lutero, haya de leerse aunque sea con el nombre de sus enemigos. ¿Qué mejor podría ser mi venganza?

Viniendo de nuevo al asunto: si su papista insiste en acalorarse sin necesidad a causa de la palabra *sola* (“*allein*”) díganle, sin más: —el doctor Lutero así lo quiere y declara que papista y burro es lo mismo. *Sic volo, sic iubeo, sit pro ratione voluntas* (“así lo quiero, así lo mando, mi voluntad es la única razón”).²⁶

Porque nosotros no queremos ser alumnos ni discípulos de los papistas, sino sus maestros y jueces, queremos también hacerle también un poco al necio y jactarnos ante esos cabezas de burro, y como Pablo se ufana ante sus santos locos, así yo quiero gloriarme contra

²⁵ Este vocablo es una referencia al célebre texto de la Carta a los Filipenses, 1, 12-28.

²⁶ Se trata, desde luego, de una cita del poeta latino Juvenal (60-140) *Sátiras*, II, 6, 223. Es una evidente alusión burlesca a las fórmulas habituales en las definiciones y en los juramentos según el ritual de la Iglesia católica. El juramento antinodernístico, por ejemplo, aún usa esta fórmula conclusoria: *sic spondeo, sic iubeo, sic iuro, sic me Deus adiuvet et haec sancta Dei evangelia*. Véase, por ejemplo, los tipos de juramentos en el *Pontifical Romanum*, Mechliniae, 1845, 84-86.

éstos mis cabezas de burro. ¿Son ellos doctores? Yo también. ¿Son sabios? Yo también. ¿Son predicadores? También yo. ¿Son teólogos? Yo también. ¿Saben disputar? También yo. ¿Son filósofos? Yo también lo soy. ¿Son dialécticos? También yo. ¿Son profesores? Yo también. ¿Escriben libros? Yo también.

Y quiero llevar mi jactancia más allá: yo puedo explicar los salmos y los profetas; ellos no pueden. Yo puedo traducir; ellos no. Yo puedo leer la Sagrada Escritura; ellos no. Yo puedo orar; ellos no. Y bajando a otro plano: yo entiendo su dialéctica y su filosofía mejor que ellos mismos, todos juntos. Yo sé muy bien, además, que ninguno de ellos entiende su Aristóteles. Que me cuelguen si hay entre ellos uno que sea capaz de entender correctamente aunque sea un prólogo o un capítulo de Aristóteles. Y no vayan a creer que exagero; pues desde mi juventud yo aprendí y fui educado en su ciencia de manera que conozco muy bien su amplitud y profundidad. Ellos saben muy bien, además, que yo sé y puedo hacer todo lo que ellos pueden hacer.²⁷

A pesar de ello, estos infelices me tratan como si yo fuera un novato en su ciencia recién llegado esta mañana que nunca ha visto ni oído lo que ellos enseñan o son capaces de hacer. Por ello, se jactan en grande de su ciencia y me quieren enseñar algo en lo que yo gasté las suelas de mis zapatos hace veinte años; así pues, sobre sus berri-dos y lloriqueos no me queda más que cantar con aquella prostituta: “desde hace siete años sé lo que son las herraduras”.

Esta es la respuesta a la primera pregunta. Yo les ruego que a los lloriqueos inútiles de esos burros sobre la palabra *sola* (“*allein*”) respondan sólo esto: Lutero que es más doctor que todos los doctores del papado así lo tiene establecido, y así debe quedar. Yo quiero, en lo futuro, simplemente despreciar y tratar despectivamente a esa gente (quise decir burros); pues, entre ellos, hay babosos tales que ni

²⁷ Toda esta diatriba autobiográfica está basada en el capítulo 11 de la Segunda Carta a los Corintios considerada por los críticos como un texto resultante de varios escritos de distinta proveniencia. Nuestro capítulo xi forma parte del bloque 10-13 y la forma literaria asume las apariencias de una competencia cuyas estructuras dominantes son de 2 tipos. De igualdad: “¿son, hacen o tienen ellos tal cosa? También yo”. Y de superioridad: “¿son, hacen o tienen ellos tal cosa? Yo más que ellos”; o bien, “yo sí, ellos no”.

siquiera han llegado a aprender su propia ciencia, la de los sofistas, como el doctor Herrero (Schmied),²⁸ el doctor Cucharamocosa (Rortzlöffe)²⁹ y similares. Después se lanzan contra mí en cosas

²⁸ Se trata de Johann Faber (1470-1530) cuyo apellido Faber significa “herrero” que en alemán se dice Schmied y en italiano Fabro. Es el típico Schmidt de los apellidos anglosajones. Fabro, prior del convento dominico de Augsburgo y erasmista hacia 1520, es autor de un celebratísimo escrito, aparecido en Colonia en diciembre de 1510, cuyo título era *Consilium cuiusdam ex animo cupientis esse consultum et Romani Pontificis dignitati et christianae religionis tranquillitati*, atribuido frecuentemente a Erasmo. El 22 de enero de 1521 lo encontramos en Worms, en la célebre dieta celebrada allí, predicando en alemán en las exequias de Guillermo de Croy. Sobre las relaciones de Fabro con Lutero baste citar una carta de Lutero a Federico de Sajonia, fechada el 29 de mayo de 1523, en la que le dice que no puede dejar de escribir insultos contra sus adversarios—como le había pedido el príncipe—puesto que le siguen atacando “especialmente Juan Faber, vicario del obispo de Constanza, que ha escrito un grueso libro latino contra mí, recientemente reimpresso en Leipzig; también Emser escribió otro libro contra mí en alemán [...] con muchos vituperios no sólo de mi nombre cristiano, sino del santo evangelio, me será muy difícil soportar tales blasfemias [...]”. En Villoslada, *op. cit.*, tomo II, p. 163.

²⁹ Su nombre es Juan Cocleo (1479-1552). Su apellido en alemán era Dobeneck en latín *Cochleus* que significa “cuchara”; de allí la burla que hace Lutero. Este Cocleo fue también un paladín del catolicismo y adversario especial de Lutero. Hacia fines de 1522, por ejemplo, salió a luz un libro de Cocleo contra Lutero titulado *De gratia sacramentorum* en el que, entre otras cosas, acusa a Lutero de no haber aceptado una disputa sobre las tesis de Wittenberg. A Lutero le llegó el libro de Frankfurt en el Meno por conducto del gramático Guillermo Nesen. El Reformador responde con un librito titulado *Adversus armatum virum Cocleum* que empieza parodiando el inicio de la *Eneida* de Virgilio:

Arma virumque cano, Trojae qui primus ab oris

Italiam, fato profugus, Lavinaque venit

Litona. Multum ille et terris jactatus et alto.

Que en la traducción de don Joaquín Arcadio (Publio Virgilio Marón, *La Eneida*, tomo I, transcripción, prólogo y notas de Sergio López Mena, México, SEP, 1986) Pagaza dice así:

Las armas canto, y al varón que, huyendo
de las playas de Troya a Italia vino
por hado, y a las plácidas riberas
de Lavinia. En la tierra y en los mares
fue perseguido de los altos dioses
por la fuerza, y de Juno por las iras [...]

El texto de Lutero empezaba precisamente así:

*Arma virumque cano, Mogeni qui nuper ab oris
Leuoream fato solidas, Saxonaque venit
litona, multum ille y furis vexatus et oestro...*

(“Canto a las armas y al hombre que, apendado por el destino, acaba de llegar de

como estas que, ya lo dice san Pablo, están por encima de toda mundana sabiduría y de toda razón. En verdad no tiene que rebuznar mucho un burro para que se le descubra, se le puede identificar también por las orejas.

A ustedes, sin embargo, y a los nuestros quiero decirles por qué yo he querido emplear la palabra *sola* ("allein") [...] ³⁰ Al traducir, me propuse hacerlo en un alemán puro y claro. Muy frecuentemente, nos ha sucedido tener que investigar y entretenernos con una sola palabra durante dos, tres y hasta cuatro semanas, sin dar con ella. El libro de Job nos dio tanto trabajo que nos llegó a suceder al maestro Felipe, ³¹ a Aurogalo ³² y a mí, avanzar apenas tres líneas en cuatro días.

las riberas del Meno a Wittenberg, a los litorales de Sajonia, fuertemente acosado tanto por las furias como por los tábanos...").

La respuesta de Cocleo no se hizo esperar. En efecto, escribió, parodiando también a Virgilio, un panfleto titulado *Adversus cucullatum Minotaurum wittenbergensem* ("contra el minotauro encapuchado de Wittenberg") en que el humanista canta, con no menor delicadeza, "a los monstruos y al buey que, primero entre todos, prófugo de las riberas del septentrión empueca las tierras teutonas [...]".

En 1534, encontramos de nueva cuenta a Cocleo en fuerte pugna con Lutero. Un año antes, el Reformador había publicado su escrito contra "la misa ríncонера y la consagración sacerdotal". Impreso en Leipzig en 1534, Cocleo, en efecto, da a luz un libro que titula *Von der heiligen Mess und Priesterweihe*. Diez años más tarde, en plenos preparativos del Concilio de Trento, apenas un año antes de la muerte de Lutero, tiene lugar el último encuentro entre ambos a raíz de que, en marzo de 1545, el Reformador publicó un libro lleno de los insultos y burlas contra el papado que tituló *Wider das Bapstum zu Rom vom Teufel geriff* (Contra el papado de Roma, fundado por el diablo).

³⁰ El texto en la edición de la *Siebenstern Taschenbuch Verlag* ha omitido un par de renglones cuyo contenido es el siguiente: "a pesar de que en el capítulo 3 de Romanos no aparece 'sola' sino 'solum' o 'tantum'. Bien han rebuscado los burros en mi texto. No obstante, he empleado en otra parte la palabra 'sola' y quiero tener a mi disposición ambos vocablos, 'sola' y 'solum'".

³¹ Se trata de Felipe Melanchthon (1497-1560) que, ya lo hemos visto, era uno de los brazos derechos de Lutero desde sus días de la Universidad de Wittenberg cuya transformación académica lidera Melanchthon ya en 1518. La reforma universitaria de Melanchthon retrata bien los intereses de este humanista: introduce en la universidad cursos de griego y hebreo y propugna un humanismo bíblico. En todo caso, la reforma definitiva de esa universidad tuvo lugar en 1533 y se aruó a los Estratos de Melanchthon que prescribían, entre otras cosas, la supresión total del escolasticismo y la introducción de una teología puramente bíblica.

³² Su nombre era Mareo Goldhahn, más conocido según se ha visto, por la latinización de su apellido, Aurogallus, "gallo de oro" (1490-1543); fue, como Melanchthon, hebraísta de la Universidad de Wittenberg.

Ahora, querido amigo, allí está traducido y listo; cualquiera puede de leerlo y criticarlo. Y es posible ahora, también para cualquiera, recorrer con los ojos más de tres o cuatro páginas sin tropezar ni una sola vez, y sin percatarse de las piedras y troncos que subyacen donde él ahora transita como sobre una tabla bien pulida, en que hemos tenido que sudar y acongojarnos antes de limpiar el camino de esas piedras y troncos para que se pueda transitar por él con tanta suavidad. Da gusto arar cuando el campo ha sido limpiado de antemano; pero nadie quiere desmontar troncos y preparar tierras de cultivo en el monte. Nadie te lo agradecerá. Como nadie da gracias a Dios por el sol, el cielo y la tierra, y ni siquiera por la muerte de su propio hijo. El mundo es del diablo y así seguirá porque no quiere que las cosas sean de otro modo.

Ya sabía yo muy bien, pues, que la palabra "*allein*" no está ni en el texto latino ni en el texto griego (de Rom 3,28); no tenían que venir a enseñarme eso los papistas. Es cierto, no están físicamente esas cuatro letras, *sola*, que los cabeza de burro contemplan como vaca a portón nuevo. Ellos no ven empero, que a pesar de todo el sentido del texto ³³ va hacia allá. Hay que ponerlas si se quiere traducir a un alemán pleno y vigoroso. Mi propósito era hablar alemán y no latín o griego, puesto que me propuse traducir al alemán.

Pues bien, es propio del genio de nuestra lengua emplear, al lado de las palabras *nicht* ["no"] o *kein* ["nada de", "ningún"], la palabra *allein* cuando se está hablando de dos cosas de las cuales una es afirmativa y la otra negativa. ³⁴ Por ejemplo: *Der Bauer bringt allein Korn und kein Geld* ["el campesino lleva solamente trigo y nada de dinero"]; *Nein, ich habe wahrlich jetz nicht Geld, sondern allein Korn* ["No, realmente no traigo ahora dinero, sino sólo trigo"]; [*Ich habe allein gegessen und noch nicht getrunken* [Sólo he comido y no he aún bebido"]; *Hast du allein geschrieben und es noch nicht durchgesehen?* ["¿solamente has escrito y no has aún leído aún?"]. Y como ésas, numerosas expresiones de uso cotidiano.

Si bien, en ese tipo de expresiones, no sucede lo mismo en las

³³ El texto original dice *die Meinung des Textes*.

³⁴ En el alemán contemporáneo se usa más frecuentemente *nur* o *bloss*, en vez de *allein* en las funciones señaladas por Lutero.

lenguas latina y griega, si es característico del alemán insertar la palabra *allein* para que las palabras *nicht* o *kein* sean más plenas y claras. Porque, si bien es cierto que yo puedo decir también *Der Bauer bringt Corn und kein Geld*, la expresión *kein Geld* no suena, de esta manera, tan clara y plena como cuando digo *Der Bauer bringt allein Corn und kein Geld*, en donde la palabra *allein* apoya a la palabra *kein*, de suerte que el discurso se vuelve pleno y claro: alemán. No hay que andar a la caza de las letras del texto latino cuando se trata de hablar alemán –así lo hacen esos burros–; hay que preguntarle y verles el hocico –más bien– al ama de casa, a los niños de la calle, al hombre común, para ver como hablan; y de acuerdo con ello hay que traducir. De esta manera entenderán y notarán que se les está hablando en alemán.

Así, por ejemplo, si hubiera que seguir a esos burros, cuando Cristo dice (Mt 12, 34) *ex abundantia cordis os loquitur*, habría que traducir: *Aus dem Überfluss des Herzens redet der Mund* [“de la abundancia del corazón habla la boca”]. Pero, dime, ¿es eso alemán?, ¿Qué alemán lo entendería? ¿Qué cosa es *eso de Überfluss des Herzens* [“abundancia del corazón”]? Ningún alemán diría eso a no ser que quisiera referirse a alguien que tiene el corazón excesivamente grande o que tiene mucho corazón; aunque tampoco eso es correcto. Pues *Überfluss des Herzens* no es alemán; es tan alemán como decir *Überfluss des Hauses* [“abundancia de la casa”], *Überfluss des Kachelofens* [“abundancia de la estufa”], *Überfluss der Bank* [“abundancia del banco”]. En cambio, la madre en la casa y el hombre común prefieren decir: *Wes das Herz voll ist, des geht der Mund über* [“cuando el corazón está repleto, se desborda por la boca”]. A eso se le llama hablar bien alemán y esa ha sido mi preocupación pese a que, por desgracia, no siempre lo haya logrado ni siempre haya dado con la frase exacta, pues las letras del latín son un obstáculo infranqueable para hablar correctamente un alemán de buena calidad.

Igualmente, cuando el traidor Judas dice, según Mateo (26,8), *Ut quid perditio hanc?* y, según Marcos (14,4), *Ut quid perditio ista unguenti facta est?* Si hiciéramos caso a esos burros chupaletas habría que traducir *Warum ist diese Verlierung der Salbe geschehen?* [“¿por qué este desperdicio de unguento?”]; pero entonces ¿qué cla-

se de alemán resultaría? ¿Qué hablante del alemán dice *Verlierung der Salbe ist geschehen?* Y aunque quizás hubiera alguno que llegara a entender la frase tal como está (pese a ser oscura y confusa), pensaría, sin duda, que el unguento se había perdido y que, en consecuencia, era preciso ponerse a buscarlo. Si eso es un buen alemán, ¿por qué no se lucen haciéndonos un bonito Nuevo Testamento en alemán y dejan en paz el de Lutero? De verdad, creo que ya es hora de que nos hagan una demostración de su capacidad.

Y, sin embargo, eso no es alemán: un alemán diría la frase *ut quid* etc. así: *Was soll doch diese Vergeudung?* [“¿Qué desfilfarro es éste?”] o bien *Was soll doch dieser Schaden?* [“¿a qué viene ese daño?”] o *Nein, es ist Schade um die Salbe* [“¡No! ¡lastima del unguento!”], entonces ese sí que es buen alemán. Se entiende, entonces, que Magdalena al derramar el unguento actuó con ligereza y provocó un daño. Esa era la opinión de Judas: estaba convencido, en efecto, de que él le habría dado un mejor destino al unguento.

Lo mismo sucede en el pasaje de Luc 1, 28 donde el ángel al saludar a María le dice: *Gegrüßet seist du, Maria voll Gnaden, der Herr sei mit dir!* [“¡te saludo, María, llena de gracia, que el Señor esté contigo!”]. Así, en efecto, ha llegado hasta nosotros esta alemanización de las letras latinas. Díganme si esto es buen alemán. ¿En dónde se ha oído que un alemán diga *Du bist voll Gnaden?* [“tú estás llena de gracia”]. En efecto, ¿qué alemán entiende lo que se está diciendo con ello? Se piensa, enseguida, en un barril “lleno” de cerveza, o en una talega “llena” de dinero. Por este motivo, he preferido traducir *Du holdselige* [“afortunada tú”]; de esta manera puede un alemán entender mucho mejor lo que el ángel quiso decir con su saludo. Pero de eso se agarran los papistas para revolverse contra mí, frenéticos, diciendo que he corrompido el saludo del ángel. Y eso que aún no he empleado el mejor alemán, porque de haberlo hecho hubiera tenido que traducir *Gott grüße dich, du liebe Maria* [“Dios te saluda, querida María”] –eso es, en efecto, lo que el ángel quiere decir y lo que hubiera tenido que decir, de haberla saludado en alemán–. Pero entonces, yo creo que en un arranque de veneración hacia la querida María los papistas se hubieran colgado por haber reducido yo a la nada el saludo del ángel.

Esto supuesto, me gustaría preguntarles si aún se encrespan y rabian. Así como no quiero impedirles que traduzcan lo que les dé su gana, tampoco quiero traducir a voluntad de ellos sino como a mí se me antoje. Al que no le guste, simplemente déjeme en paz y guárdese su crítica escuclera para sí: no me interesa ni verla ni oír-la. No deben sentirse responsables de mi traducción ni tienen que rendir cuentas de ella. Fíjate bien: yo quiero decir *Du holdselige Maria* [“afortunada tú, María”, *du liebe Maria* [“tú, querida María”]; deja que ellos sigan diciendo *Du voll-Gnaden-Maria* [“tú, la llena de gracia, María”]. El que sabe alemán, sabe muy bien la exquisita cordialidad que encierran expresiones como *die liebe Maria* [“la querida María”], *der liebe Gott* [“el querido Dios”], *der liebe Kaiser* [“el querido emperador”], *der liebe Fürst* [“el amado príncipe”], *die liebe Mann* [“el hombre amado”], *das liebe Kind* [“el hijo amado”]. Yo no sé si, como sucede en alemán, también en latín o en otras lenguas la palabra *liebe* sea capaz de expresar tanta cordialidad y perfección que penetra y retintinea en el corazón por todos los sentidos.

Pues yo pienso que san Lucas—haciendo gala del dominio que tenía tanto de la lengua hebrea como de la griega—quiso traducir con precisión y claridad la palabra hebrea usada por el ángel, mediante el vocablo griego *kejaritoméne*. Pienso también que el ángel Gabriel habló con María usando los mismos términos que usó con Daniel cuando lo llamó *jamudoth* e *ish jamudoth*, *vir desideriorum* [según la Vulgata]; es decir: “querido Daniel” [Du lieber Daniel]. Esa es, en efecto, la manera de hablar de Gabriel que encontramos en el libro de Daniel. Si, pues, hubiera querido traducir apegándome a la letra según quieren esos burros, tenía que haber dicho: “Daniel, hombre de los deseos” [Daniel, du Mann der Begehungen]; o bien “Daniel, hombre de los antojos” [Daniel, du Mann der Luste]. ¡Borrito alemán sería ése! Un hablante alemán percibiría, desde luego, que *Mann, Luste* o *Begehungen* son palabras alemanas (no se trata, por cierto, de palabras traducidas con mucha propiedad al alemán; quedarían mucho mejor las palabras *Lust* y *Begier*); mas cuando están unidas entre sí en expresiones como “hombre de los deseos” [Du Mann der Begehungen], entonces ningún alemán entiende lo que con ello se quiere decir; puede pensar tal vez que Daniel está

quizás retacado de malos deseos. ¡Eso sí que se llama traducir en fino alemán!

Por esa razón hay que dejar de lado las letras e investigar cómo expresaría el hablante alemán lo que el hablante hebreo quiere decir con *ish jamudoth*. Encuentro, entonces, que un hablante alemán diría así: “querido Daniel” [Du lieber Daniel], “querida María” [Du liebe Maria] o bien “muchacha guapa” [du holdselige Maid], “linda doncella” [du feine Jungfrau], “dulce mujer” [du zartes Weib], etc. El que quiera ser traductor, en efecto, debe tener un gran acervo de palabras del que pueda disponer en caso de que alguna no encaje en todos los pasajes.

¿Qué cosa de importancia me quedaría por decir sobre la traducción? Si tuviera que explicar los motivos y fundamentos de cada una de mis palabras, tendría que pasarme un año escribiendo sobre el asunto. Sé muy bien por experiencia el trabajo que cuesta y el arte que se requiere para traducir. Por eso no soporto que los burros papistas, esas mulas, [que ciertamente no han hecho aún el más mínimo intento de traducir] se erijan en jueces o censores míos. El que no guste de mi traducción, quítele los dedos de encima; el diablo agradecerá a quienes no pudiendo soportarla, se ponen a criticarla a mis espaldas. Yo soy el único que puede hacerlo; los demás, dejen en paz mi traducción y haga cada quien para sí lo que le plazca, y que le aproveche.

Puedo afirmar en conciencia que he puesto mi mayor celo y diligencia en todo esto, y que nunca he actuado de mala fe. Pues no he recibido ni un centavo, nada he pretendido y nada he ganado con mi traducción. Tampoco lo he hecho pensando en mi honra; Dios, mi Señor lo sabe muy bien. Lo he hecho como un servicio a los queridos cristianos y para honor de uno que sentado desde las alturas me colma de tantos bienes a cada instante, que hubiera traducido mil veces con la misma diligencia, no habría ganado con ello ni una hora de vida ni la salud de uno solo de mis ojos. Todo lo que soy y todo lo que tengo es obra de su gracia y misericordia. En efecto, todo es mérito de su preciosa sangre y de su sudor amargo; pues todo debe servir a su gloria, con alegría y de corazón. Que sigan con sus calumnias los sudistas y burros papistas con tal que reciba los

elogios de los auténticos cristianos junto con Cristo su Señor. Yo me doy por muy bien pagado con un solo cristiano que me reconozca como un fiel trabajador. No les pido nada a los burros papistas; no son dignos de reconocer mi trabajo; y en el fondo de mi corazón sufriría si ellos me alabarán. Sus calumnias son mi mayor gloria y honor. Yo quiero ser doctor, un modelo de doctor; y sin embargo ellos no estarán dispuestos a aceptarme con ese nombre hasta el día del juicio. Lo sé con exactitud.

Por otro lado, desde luego, he tenido buen cuidado de no alejarme arbitrariamente de la letra del texto. Al contrario, tanto mis colaboradores como yo hemos tenido un gran cuidado en ello; de tal manera me he mantenido apegado a la letra, —y quizás haya sucedido eso precisamente en algún pasaje— que no he podido apartarme del texto con una traducción suficientemente libre. Por ejemplo en Juan 6,27, donde Cristo dice: “a él Dios Padre lo ha sellado” [*Diesen hat Gott der Vater versiegelt*]; hubiera estado mejor dicho en alemán de esta otra manera: *Diesen hat Gott der Vater gezeichnet* [“a él, lo ha señalado Dios Padre”]; o bien: *Diesen meint Gott der Vater* [“a él se refiere Dios Padre”]. Empero, yo he preferido transgredir el alemán antes que apartarme del texto. ¡No, si traducir no es un arte que cualquiera pueda practicar como creen esos benditos imbéciles! Hay que tener un corazón recto, piadoso, fiel, diligente, temeroso de Dios, cristiano, docto, experimentado y avezado. Por eso creo que ningún seudocristiano y ningún sectario puede traducir con fidelidad. Eso se puede ver claramente en la traducción de los libros proféticos aparecida en Worms: hecha verdaderamente con mucho cuidado, es análoga y se ha acercado mucho a mi traducción; pero hubo judíos de por medio que no estaban dispuestos a rendir homenaje a Cristo. Por lo demás, en cuanto a saber y diligencia no le ha faltado nada a esa traducción. Eso por lo que se refiere a traducir y al genio o manera peculiar que cada lengua tiene de decir las cosas.³⁵

Sin embargo, cuando yo puse la palabra *allein* en Rom 3,28, no me atuve sólo, ni me encadené al genio de las lenguas; lo requerían

³⁵ Aquí termina la primera parte de la respuesta de Lutero a la primera de las dos preguntas que ocasionan el escrito: las consideraciones hasta aquí son de índole lingüística. A partir de aquí, en cambio, empiezan las consideraciones de carácter teológico.

y exigían con fuerza tanto el texto como el pensamiento del mismo san Pablo. Allí se trata en efecto del pasaje más importante de la doctrina cristiana; la doctrina, en efecto, de que somos justificados por la fe en Cristo sin ninguna obra de la ley. De esta manera distinguí él de manera tan plena lo que son las obras, que llega hasta a decir que las obras de la ley —y eso que se trata de la ley y palabra de Dios I— no ayudan para la justificación. Pone como ejemplo el caso de Abraham que de tal manera fue justificado absolutamente sin el concurso de las obras de la ley, ni siquiera la circuncisión, que aun que la más excelsa de sus obras —entonces nueva pero que luego Dios mismo pediría colocándola por encima de todas las demás leyes y obras—, nada contribuyó a su justificación. Antes bien, sin la circuncisión y sin ninguna de las obras de la ley, Abraham fue justificado por la fe. De manera que san Pablo puede decir en Rom 4,2: “si Abraham fue justificado por sus obras, tiene de qué jactarse. Sí, pero ante Dios no hubo tal”. Si de manera tan absoluta se excluyen toda clase de obras, quiere decir que sólo la fe justifica. Y quienquiera hablar claramente y con palabras oscuras de esa exclusión de las obras, tiene que decir: “es sólo [*allein*] la fe y no las obras la que nos hace justos”. A eso conducen tanto el asunto en sí mismo como las exigencias propias del alemán.

Está bien, dicen los papistas, pero eso suena escandaloso, y la gente podría desprender de ello que no tiene necesidad de hacer obras buenas. Amigo mío, ¿qué decir a esto? ¡No es, desde luego, mucho más escandaloso que el mismo san Pablo no diga “la fe sola” sino que de una manera mucho más burda se desboque y descubra el fondo del barril cuando dice “sin las obras de la ley” —por ejemplo en Gal 2,16 donde dice “no por las obras de la ley” —y en expresiones parecidas de otros pasajes. Pues la expresión “la fe sola” podría todavía explicarse de alguna manera; pero la expresión “sin las obras de la ley” es tan burda, escandalosa y vergonzosa que no se puede componer con ninguna explicación. Con cuánta mayor razón podría la gente desprender de aquí que no tiene por qué hacer obras buenas cuando oyen que se les predica con las tan áridas palabras sobre las obras, recién mencionadas: “ningunas obras”, “sin obras”, “no mediante las obras”. Si, pues, no es escandaloso que se predique

que “ningunas obras”, “sin obras”, “no mediante las obras”, ¿cómo va a ser escandaloso que se predique “la sola fe”?

Y qué hay más escandaloso que el que san Pablo reprende no las simples obras ordinarias, sino las obras mismas de la ley. De ello podría muy bien escandalizarse alguien y decir: con ello la ley queda condenada y maldita ante Dios, por consiguiente, no queda sino hacer el mal con vehemencia como decían aquellos de quienes se habla en Rom 3,8: “hagamos el mal para que resulte el bien”, y como ha empezado a hacer en nuestros días un faccioso. ¿Habrá acaso que negar, a causa del escándalo, las palabras de san Pablo, o bien no hablar de la fe, en lo sucesivo, espontánea y libremente?

Amigo mío, ni san Pablo ni nosotros queremos ese escándalo. Por eso, enseñamos tan directamente contra las obras y estimulamos sólo a creer, a tal grado, que la gente se disgusta, se escandaliza y desmaya. Ellos deben aprender y estar conscientes de que no son justificados por sus buenas obras, sino sólo por la muerte y resurrección de Cristo. Ahora bien, ¿si no pueden ser justificados por las obras buenas de la ley, mucho menos pueden ser justificados por las obras malas, al margen de la ley! La conclusión final – “si las obras buenas no ayudan, deben hacerlo, en consecuencia, las obras malas” – es, por tanto, falsa. Es tan poco refinada como inferencia: “el sol no puede ayudar a que un ciego vea, por consiguiente la noche y las tinieblas pueden ayudarlo a ver”.

Me maravilla, sin embargo, tanta resistencia en cosas tan evidentes. O díganme si la muerte y resurrección de Cristo es obra *nuestra*, algo que *nosotros* hacemos o dejamos de hacer. Está claro que ni es obra nuestra ni es obra de alguna ley. Ahora bien, es la muerte y resurrección de Cristo la que nos libera de los pecados y nos hace justos, como dice Pablo (Rom 4,25) “murió por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación”. Más aún, díganme, ¿cuál es la obra por la que nos apropiamos la muerte y resurrección de Cristo y asímos a ellas? No puede ser, ciertamente, una obra superficial: sólo puede ser la fe imperecedera que brota del corazón. Ella sola, totalmente sola y sin el concurso de ninguna otra obra se apropia esa muerte y esa resurrección, cuando se predicán por medio del evangelio.

¿Qué es, pues, lo que causa tanto alboroto y tanta rabia? ¿cuál es la herejía y cuál la causa de tanta desazón, cuando la cuestión de fondo está tan clara y demuestra que sólo la fe, sin ninguna otra obra, puede aferrar la muerte y resurrección de Cristo, y que, precisamente, esa muerte y esa resurrección son nuestra vida y nuestra justificación? Si, pues, es ya tan evidente de por sí que sólo la fe nos otorga esa vida y esa justificación, las aferra y nos las da, por qué entonces no hablar también de ello en esos términos? No es ninguna herejía el que sólo la fe sea capaz de aferrar a Cristo y darnos la vida. Sería herejía, sin embargo, si alguien lo dijera o hablara en ese sentido. ¿No son necios, idiotas y dementes? Se reconoce que una realidad es en sí misma correcta y recriminan como incorrecto el decirlo. Una misma cosa sería, por tanto, correcta e incorrecta al mismo tiempo.

Por lo demás, no soy ni el único ni el primero que dice que sólo la fe justifica. Lo han dicho antes que yo Ambrosio, Agustín y muchos otros. Y cualquiera que lea y entienda a san Pablo no puede hablar de otra manera. Sus palabras son demasiado claras y no dejan ninguna, absolutamente ninguna obra en pie. Ahora bien, si no queda ninguna obra en pie, entonces tiene que ser sólo la fe. ¡Oh, qué finísima, altamente renovadora y honestísima doctrina sería aquella en que la gente aprendiera que al mismo tiempo que con la fe era posible alcanzar la justificación también por las obras! Ello equivaldría a decir que no ha sido sólo la muerte de Cristo la que nos ha remitido los pecados sino que nuestras obras tuvieron también algo de parte en ello. ¡Chula manera de honrar la muerte de Cristo, si aceptáramos que nuestras obras le han ayudado y son capaces de producir los mismos efectos que la muerte de Cristo convirtiéndonos en igual de buenos y fuertes que él! Es el diablo que no cede en su afán de ultrajar la sangre de Cristo.

Por tanto, el fundamento de la realidad en sí misma exige que se diga: “sólo la fe justifica”; lo exige también el genio propio de nuestra lengua alemana, que enseña a expresarlo de esa manera. Tengo, además, el ejemplo de los santos padres y la experiencia de la gente que me mueven a ello; no sea que por quedarnos colgando de las obras, perdamos la fe y perdamos a Cristo, especialmente en estos

tiempos cuya costumbre por las obras es vieja y muy difícil, por ende, de desarraigat. Así, pues, no sólo es correcto sino que es altamente necesario que se diga con toda claridad y sin reticencias que “la justificación viene por la fe independientemente de las obras”. Me puede ahora no haber puesto las palabras *alle* [“todas”] y *aller* [“de toda”] de esta manera: *ohne alle Werke aller Gesetze* [“sin ninguna de las obras de la ley toda”] con la que se habría dicho todo de una manera plena y redonda. Por eso hay que dejar mi Nuevo Testamento tal como está. Aunque los papistas se pongan furiosos hasta la locura, no me harán quitar nada. Y baste ya del asunto. Lo que queda por decir quiero decirlo, si Dios me lo permite, en un pequeño libro sobre la justificación. [...]»³⁶ Baste por esta vez; ya se ha dicho suficiente sobre la pregunta.³⁷ En otra ocasión diremos más sobre el tema.

Reciban con benevolencia este mi largo escrito. Cristo nuestro señor esté con todos ustedes. ¡Amén!

Desde el “desierto”, el 8 de septiembre de 1530

Martin Lutero,
su buen amigo.

Al honorable y distinguido N., mi benevolente señor y amigo.

³⁶ Aquí empieza la respuesta a la segunda pregunta que ocasionó el escrito: “¿interceden por nosotros los santos fallecidos?”. La respuesta es mucho más breve y de mucha menor importancia, en el conjunto del documento, que la primera: en español apenas ocupa dos páginas y media y es de índole teológica. Toda la cuestión gira en torno al culto a los santos abolido, como se sabe, por el protestantismo. Es una consecuencia lógica y teológica del postulado de la justificación por la sola fe, punto central en la argumentación de la primera pregunta. Véase lo ya dicho arriba.

³⁷ Se refiere, desde luego, a la segunda de las dos preguntas.

Fray Luis de León, «Prólogo» a la *Exposición del Cantar de los Cantares*, 1561

«Pues entre las otras obras y tratados divinos, uno es la Canción suavisima que Salomón, profeta y rey, compuso, en la cual, debajo de una égloga pastoril más que en ninguna otra escritura, se muestra Dios herido de nuestros amores con todas aquellas pasiones y sentimientos que este afecto suele y puede hacer en los corazones humanos más blandos y más tiernos [...]

Cosa sabida y confesada por todos es que en estos Cantares, como en persona de Salomón y de su esposa, la hija del rey de Egipto, debajo de amorosos requiebros, explica el Espíritu Santo la Encarnación de Cristo y el entrañable amor que siempre tuvo a su Iglesia, con otros misterios de gran secreto y de gran peso. En este sentido que es espiritual no tengo que tocar, que de él hay escritos grandes libros por personas santísimas y muy doctas que, ricas del mismo espíritu que habló en este libro, entendieron gran parte de su secreto, y como lo entendieron lo pusieron en sus escrituras, que están llenas de espíritu y de regalo. Así que en esta parte no hay que decir, o porque está ya dicho, o porque es negocio prolijo y de grande espacio. Solamente trabajaré en declarar la corteza de la letra, así llanamente, como si en este libro no hubiera otro mayor secreto del que muestran aquellas palabras desnudas, al parecer, dichas y respondidas entre Salomón y su esposa. [...]

Porque se ha de entender que este libro en su primera origen se escribió en metro, y es todo él una égloga pastoril, adonde con palabras y lenguaje de pastores, hablan Salomón y su esposa, y algunas veces sus compañeros, como si todos fuesen gente de aldea. Hace dificultoso su entendimiento, primeramente, lo que suele poner dificultad en todos los escritos adonde se explican algunas grandes pasiones o afectos, mayormente de amor, que, al parecer, van las razones cortadas y desconcertadas; aunque, a la verdad, entendido una vez el hilo de la pasión que mueve, responden maravillosamente a los afectos que exprimen, los cuales nacen unos de otros por natural concierto. Y la causa de parecer así cortadas, es que en el ánimo enseñoreado de alguna vehemente afición, no alcanza la lengua al corazón, ni se puede decir tanto como se siente, y aun eso que se puede no lo dice todo, sino a partes y cortadamente, una vez el principio de la razón, y otras el fin sin el principio; [...]

Lo segundo que pone oscuridad es ser la lengua hebrea en que se escribió, de su propiedad y condición lengua de pocas palabras y de cortas razones, y esas llenas de diversidad de sentidos; y juntamente con esto por ser el estilo y juicio de las cosas en aquel tiempo y en aquella gente tan diferente de lo que se platica agora; de do nace parecernos nuevas y extrañas, y fuera de todo buen primor las comparaciones de que usa este libro, cuando el Esposo o la Esposa quiere más loar la belleza y gentileza de las facciones del otro, como cuando compara el cuello a una torre, y los dientes a un rebaño de ovejas, y así otras semejantes. Como a la verdad cada lengua y cada gente tenga sus propiedades de hablar, adonde la costumbre usada y recibida hace que sea primor y gentileza, lo que en otra lengua y a otras gentes pareciera muy tosco, y así es de creer que todo esto que agora, por su novedad y por ser ajeno de nuestro uso tanto nos ofende y desagrada, era todo el buen hablar y toda la cortesanía de aquel tiempo entre aquella gente. [...]

Lo que yo hago en esto son dos cosas: la una es volver en nuestra lengua palabra por palabra el texto de este libro; en la segunda, declaro con brevedad no cada palabra por sí, sino los

pasos donde se ofrece alguna oscuridad en la letra, a fin que quede claro su sentido así en la corteza y sobre haz, poniendo al principio el capítulo todo entero, y después de él su declaración.

Acerca de lo primero procuré conformarme cuanto pude con el original hebreo, cotejando juntamente todas las traducciones griegas y latinas que hay, que son muchas, y pretendí que respondiese esta interpretación con el original, no sólo en las sentencias y palabras, sino aun en el concierto y aire de ellas, imitando sus figuras y maneras de hablar cuanto es posible a nuestra lengua, que, a la verdad, responde con la hebrea en muchas cosas. De donde podrá ser que algunos no se contenten tanto, y les parezca que en algunas partes la razón queda corta y dicha muy a la vizcaína y muy a lo viejo, y que no hace correa el hilo del decir, pudiéndola hacer fácilmente con mudar algunas palabras y añadir algunas otras. Lo cual yo no hice por lo que he dicho, y porque entiendo ser diferente el oficio del que traslada, mayormente escrituras de tanto peso, del que las explica y declara. El que traslada ha de ser fiel y cabal y, si fuere posible, contar las palabras para dar otras tantas, y no más ni menos, de la misma cualidad y condición y variedad de significaciones que son y tienen las originales, sin limitallas a su propio sentido y parecer, para que los que leyeren la traslación puedan entender toda la variedad de sentidos a que da ocasión el original si se leyese, y queden libres para escoger de ellos el que mejor les pareciere. Que el extenderse diciendo, y el declarar copiosamente la razón que se entiende, y con guardar la sentencia que más agrada, jugar con las palabras añadiendo y quitando a nuestra voluntad, eso quédese para el que declara, cuyo propio oficio es; y nosotros usamos de él después de puesto cada un capítulo en la declaración que se sigue. Bien es verdad que trasladando el texto, no pudimos tan puntualmente ir con el original; y la cualidad de la sentencia y propiedad de nuestra lengua nos forzó a que añadiésemos alguna palabrilla, que sin ella quedara oscurísimo el sentido; pero éstas son pocas, y las que son van encerradas entre dos rayas de esta manera []».

Juan Luis Vives, *De Ratione Dicendi*, libro III, cap. XII, «Versiones o interpretaciones»

«Versión es la traducción de las palabras de una lengua en otra, conservando el sentido. En algunas de estas versiones se atiende no más que al sentido; en otras, la sola frase y la dicción [...]. El tercer género es cuando la sustancia y las palabras mantienen su equilibrio y equivalencia, es decir, cuando las palabras añaden fuerza y gracia al sentido y ello cada una de por sí o unidas o en todo el cuerpo de la composición. En aquellas versiones donde no se atiende más que al sentido, la interpretación ha de ser libre y se ha de tener indulgencia con el traductor que omite lo que no interesa al sentido o añade lo que puede esclarecerle. [...]

Las interpretaciones no solamente convienen, sino que son de primera necesidad, así para todas las disciplinas y las artes todas, sino para todas las circunstancias de la vida, siempre que sean fieles ».

Miguel de Cervantes, *Don Quijote*, Parte I, cap. VI

—Este es *Espejo de caballerías*.

—Ya conozco a su merced —dijo el cura—. Ahí anda el señor Reinaldos de Montalbán con sus amigos y compañeros, más ladrones que Caco, y los Doce Pares, con el verdadero historiador Turpín, y en verdad que estoy por condenarlos no más que a destierro perpetuo, siquiera porque tienen parte de la invención del famoso Mateo Boyardo, de donde también tejó su tela el cristiano poeta Ludovico Ariosto; al cual, si aquí le hallo, y que habla en otra lengua que la suya, no le guardaré respeto alguno, pero, si habla en su idioma, le pondré sobre mi cabeza.

—Pues yo le tengo en italiano —dijo el barbero—, mas no le entiendo.

—Ni aun fuera bien que vos le entendiérades —respondió el cura—; y aquí le perdonáramos al señor capitán que no le hubiera traído a España y hecho castellano, que le quitó mucho de su natural valor, y lo mesmo harán todos aquellos que los libros de verso quisieren volver en otra lengua, que, por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren, jamás llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento.

Cadalso, *Cartas marruecas* (1789), carta XLIX

Gazel a Ben-Beley

¿Quién creyera que la lengua tenida universalmente por la más hermosa de todas las vivas dos siglos ha, sea hoy una de las menos apreciables? Tal es la priesa que se han dado a echarla a perder los españoles. El abuso de su flexibilidad, digámoslo así, la poca economía en figuras y frases de muchos autores del siglo pasado, y la esclavitud de los traductores de presente a sus originales, han despojado este idioma de sus naturales hermosuras, cuales eran laconismo, abundancia y energía. Los franceses han hermoñado el suyo al paso que los españoles lo han desfigurado. Un párrafo de Montesquieu y otros coetáneos tiene tal abundancia de las tres hermosuras referidas, que no parecían caber en el idioma francés; y siendo anteriores con un siglo y algo más los autores que han escrito en buen castellano, los españoles del día parecen haber hecho asunto formal de humillar el lenguaje de sus padres. Los traductores e imitadores de los extranjeros son los que más han lucido en esta empresa. Como no saben su propia lengua, porque no se sirven tomar el trabajo de estudiarla, cuando se hallan con alguna hermosura en algún original francés, italiano o inglés, amontonan galicismos, italianismos y anglicismos, con lo cual consiguen todo lo siguiente:

1.º Defraudan el original de su verdadero mérito, pues no dan la verdadera idea de él en la traducción. 2.º Añaden al castellano mil frases impertinentes. 3.º Lisonjean al extranjero, haciéndole creer que la lengua española es subalterna a las otras. 4.º Alucinan a muchos jóvenes españoles, disuadiéndoles del indispensable estudio de su lengua natal.

Sobre estos particulares suele decirme Nuño: «Algunas veces me puse a traducir, cuando muchacho, varios trozos de literatura extranjera; porque así como algunas naciones no tuvieron a menos el traducir nuestras obras en los siglos en que éstas lo merecían, así debemos nosotros portarnos con ellas en lo actual. El método que seguí fue éste: leía un párrafo del original con todo cuidado; procuraba tomarle el sentido preciso; lo meditaba mucho en mi mente, y luego me preguntaba yo a mí mismo: si yo hubiese de poner en castellano la idea que me ha producido esta especie que he leído, ¿cómo lo haría? Después recapacitaba si algún autor antiguo español había dicho cosa que se le pareciese; si se me figuraba que sí, iba a leerlo, y tomaba todo lo que me parecía ser análogo a lo que deseaba. Esta familiaridad con los españoles del XVI siglo y algunos del XVII me sacó de muchos apuros, y sin esta ayuda es formalmente imposible el salir de ellos, a no cometer los vicios de estilo que son tan comunes. Más te diré. Creyendo la transmigración de las artes tan firmemente como cree la de las almas cualquiera buen pitagorista, he creído ver en el castellano y latín de Luis Vives, Alonso Matamoros, Pedro Ciruelo, Francisco Sánchez llamado el Brocense, Hurtado de Mendoza, Ercilla, fray Luis de Granada, fray Luis de León, Garcilaso, Argensola, Herrera, Álava, Cervantes y otros, las semillas que tan felizmente han

cultivado los franceses de la mitad última del siglo pasado, de que tanto fruto han sacado los del actual. En medio del justo respeto que siempre han observado las plumas españolas en materias de religión y gobierno, he visto en los referidos autores excelentes trozos, así de pensamiento como de locución, hasta en las materias frívolas de pasatiempo gracioso; y en aquellas en que la crítica con sobrada libertad suele mezclar lo frívolo con lo serio, y que es precisamente el género que más atractivo tiene en lo moderno extranjero, hallo mucho en lo antiguo nacional, así impreso como inédito. Y en fin, concluyo que, bien entendido y practicado nuestro idioma, según lo han manejado los maestros arriba citados, no necesita más echarlo a perder en la traducción de lo que se escribe, bueno o malo, en lo restante de Europa; y a la verdad, prescindiendo de lo que han adelantado en física y matemática, por lo demás no hacen absoluta falta las traducciones».

Esto suele decir Nuño cuando habla seriamente en este punto.

F. SCHLEIERMACHER

Sobre los diferentes métodos de traducir (1813)

[1] Que el discurso es trasladado de una lengua a otra se nos muestra por doquiera en las formas más variadas. Si, por una parte, pueden entrar así en contacto hombres que, en lo geográfico, están quizá diametralmente alejados entre sí, o pueden ser trasvasados a una lengua los productos de otra hace ya muchos siglos extinguida, por otra parte, ni siquiera necesitamos salir del dominio de una sola lengua para presenciar el mismo fenómeno. Pues no sólo los dialectos de diversas ramas de un mismo pueblo y los diversos grados de evolución de la misma lengua o del mismo dialecto en distintos siglos son ya en sentido estricto lenguas diferentes, que no pocas veces necesitan total interpretación mutua, sino que incluso contenidos poráneos no separados por el dialecto, pero de diferentes clases sociales y que, poco unidos por el trato, están muy distanciados en su formación, muchas veces sólo pueden entenderse por una mediación semejante. Más aún, ¿no nos vemos con frecuencia obligados a traducir previamente lo que dice otro que es de nuestra misma clase, pero de sensibilidad y temperamento diferentes? Es decir, cuando tenemos la impresión de que los mismos enunciados tendrían en nuestros labios un sentido totalmente diverso o, al menos, un contenido unas veces más fuerte y otras más débil que en los suyos, y que, si quisiéramos expresar lo mismo que él piensa, nos serviríamos, a nuestro modo, de palabras y giros totalmente diferentes, parece que, al definirnos esta impresión con más detalle y convertirla en idea, traducimos. Más todavía, nuestras propias manifestaciones tenemos

a veces que traduciríamos después de cierto tiempo, si queremos volver a asimilarlas como es debido. Y esta facultad no se ejerce sólo para trasplantar a suelo ajeno lo que una lengua ha producido en el dominio de las ciencias o de las letras, agrandando así el círculo de acción de estos productos del espíritu, sino que se practica también en el comercio entre distintos pueblos, y en el trato diplomático entre gobiernos independientes, cada uno de los cuales sólo en su propia lengua suele hablar al otro, cuando, sin servirse de una lengua muerta, quieren atenerse a una igualdad estricta.

[2] Pero, naturalmente, no pretendemos incluir en nuestra consideración actual todo lo contenido en este vasto recinto. Aquella necesidad de traducir incluso dentro de la propia lengua o dialecto, exigencia más o menos momentánea de nuestra disposición animica, también en su efecto mismo está demasiado limitada al instante para necesitar más dirección que la del sentimiento; y, si hubiera que dar reglas sobre esto, sólo podrían ser aquella con cuya observancia mantenemos una disposición puramente moral, a fin de que nuestra alma permanezca abierta incluso a lo que tiene menos afinidad con ella. Prescindamos, pues, ahora de esto, y limitémonos a la traducción desde una lengua extranjera a la nuestra. También aquí podemos distinguir —no, ciertamente, con precisión total, cosa que rara vez se logra, sino con límites imprecisos, aunque con suficiente claridad, si miramos a los extremos— dos dominios diferentes. El intérprete, en efecto, ejerce su oficio en el terreno de los negocios; el verdadero traductor, principalmente en el dominio de la ciencia y del arte. Si alguien considera arbitraria esta definición de los términos, puesto que, en general, más bien se entiende por interpretación la oral, y por traducción, la escrita, discúpela en atención a su comodidad para lo que ahora nos importa, y sobre todo por que, en realidad, ambas definiciones se aproximan bastante. El dominio del arte y de la ciencia quiere ser tratado por escrito, única manera de que sus obras perduren; y la interpretación oral de una producción científica o artística sería tan inútil, que hasta parece imposible. Para los negocios, en cambio, la escritura es sólo un medio mecánico; el trato oral es aquí lo suyo, y cualquier interpretación escrita sólo puede considerarse, propiamente, como registro de otra oral.]

[3] Muy próximos, por espíritu y naturaleza, a este dominio están otros dos que, sin embargo, en medio de la gran variedad de los objetos que les pertenecen, constituyen ya una transición, el uno hacia el dominio del arte, y el otro hacia el de la ciencia. En efecto, todo trato en que se produce la interpretación es, por una parte, un hecho cuyo desarrollo se concibe en dos lenguas diferentes. Pero también la traducción de escritos puramente narrativos o des-

criptivos que se limita, por consiguiente, a trasladar a otra lengua el desarrollo, ya descrito, de un hecho, puede tener aún muchísimo que ver con la actividad del intérprete. Cuanto menos se haya mostrado personalmente el autor en el escrito original, cuanto más se haya limitado a obrar como órgano receptor del objeto y más se haya ceñido al orden espacial y temporal, tanto más se acercará la traslación a una simple interpretación. Así, el traductor de artículos periodísticos y de descripciones de viaje corrientes está muy cerca del intérprete, y puede resultar ridículo que su trabajo tenga mayores pretensiones y que por él aspire a ser considerado como artista. En cambio, cuanto más haya prevalecido en la exposición la manera de ver y combinar propia del autor, cuanto más se haya ajustado a un orden libremente elegido o determinado por la impresión, tanto más se eleva ya su tarea a la esfera superior del arte, y también el traductor tiene que aplicar entonces a su trabajo otras fuerzas y destrezas, y conocer a su escritor y la lengua de éste en otro sentido que el intérprete. Por otra parte, toda negociación en que se interviene, generalmente, la estipulación de un caso particular de acuerdo con situaciones jurídicas determinadas; la traslación se hace sólo para los partícipes, que conocen suficientemente tales situaciones, cuya expresión en ambas lenguas está determinada o bien legalmente, o por el uso y por declaraciones mutuas. Pero no sucede lo mismo con negociaciones que, aun siendo muchas veces en la forma muy semejantes a aquéllas, sirven para determinar situaciones jurídicas nuevas. Cuanto menos puedan éstas, a su vez, ser consideradas como especies de un género suficientemente conocido, mayor conocimiento científico y perspicacia requiere ya su redacción, y, asimismo, mayor conocimiento de las cosas y de la lengua necesitará el traductor para su trabajo. Así, pues, en esta doble escala se eleva el traductor cada vez más sobre el intérprete, hasta su más peculiar dominio, constituido por los productos espirituales del arte y de la ciencia, en que, por una parte, la libre y peculiar facultad combinatoria del autor, y, por otra, el espíritu de la lengua con su sistema de percepciones y su matización de los estados de ánimo, lo son todo, y el objeto ya no domina en absoluto, sino que es dominado por el pensamiento y el espíritu; más aún, con frecuencia sólo nace por la palabra y sólo con ella existe.

[4] Pero ¿en qué se basa esta importante diferencia, que cualquiera percibe ya en las zonas fronterizas, aunque en los extremos más remotos es donde con mayor fuerza se nos muestra? En la vida comercial se trata casi siempre de objetos que están a la vista, o, al menos, son lo más concretos posible; todas las negociaciones tienen en cierto modo carácter aritmético o geométrico, se cuenta siempre con la ayuda del número y de la medida, e incluso en aquellos

conceptos que, según los antiguos, admiten el más y el menos y se designan por una gradación de palabras que en la vida corriente crecen o menguan en su contenido indeterminado, surge pronto, por ley y por costumbre, un uso fijo para cada palabra. Por eso, si el que habla no finge, con intención de engañar, imprecisiones maliciosas, ni falla por inadvertencia, resulta sin más inteligible para todo el que entienda el asunto y la lengua, y sólo se producen, en cada caso, diferencias insignificantes en el uso de la lengua. Aun entonces, rara vez puede haber, sobre qué expresión de una lengua corresponde a cualquiera de la otra, una duda que no pueda resolverse en seguida. Por eso, en este terreno, la traslación es actividad casi mecánica, que, con un conocimiento regular de ambas lenguas, puede ejercer cualquiera, y, con sólo evitar lo abiertamente falso, poca diferencia hay aquí en la calidad. Pero, en cuanto a los productos del arte y de la ciencia, si se quiere trasplantarlos de una lengua a otra, hay que tener en cuenta dos cosas que cambian por completo la situación. Y es que, si a cada palabra de una lengua correspondiera exactamente una palabra de la otra, expresando el mismo concepto con el mismo alcance; si las flexiones de ambas lenguas representaran las mismas circunstancias, y sus tipos de construcción coincidieran, de suerte que las lenguas sólo se diferenciassen realmente por el sonido, entonces, también en el dominio del arte y de la ciencia, toda traducción, en la medida en que sólo aspira a comunicar el conocimiento del contenido de una manifestación oral o escrita, sería tan puramente mecánica como en el terreno comercial; y, exceptuando los efectos del acento y del ritmo, podría decirse de toda traducción que el lector extranjero estaría frente al autor y su obra en la misma situación que el nativo. Pero el hecho es que, como no sean lenguas tan afines que casi puedan considerarse simples dialectos, con todas las diferencias que se presenten, sucede precisamente lo contrario, y cuanto más alejados están por su ascendencia y por el tiempo, más difícil es hallar en una lengua una sola palabra a la que correspondiera exactamente una palabra de otra, y ningún tipo de flexión de una abarca justamente la misma variedad de circunstancias que cualquier otro tipo de otra. En la medida en que esta irracionalidad, por decirlo así, penetra todos los elementos de dos lenguas, tiene que afectar también, naturalmente, al dominio de las relaciones sociales. Pero es indudable que aquí presiona mucho menos y apenas ejerce ningún influjo. Todas las palabras que expresan objetos y actividades de cierta importancia están como contrastadas, y si una sutileza vana y por demás cautelosa quisiera todavía precaverse contra una posible desigualdad de alcance de las palabras, la cosa misma lo nivela todo inmediatamente. Muy otra es la situación en el dominio del arte y de la ciencia, y donde quiera que predomine el pensamiento, que se identi-

fica con la expresión, y no la cosa, para la cual es la palabra sólo un signo arbitrario, pero quizá firmemente establecido. ¡Pues qué terriblemente difícil y complicado resulta aquí el trabajo! ¡Qué conocimiento tan exacto y qué dominio de ambas lenguas presupone! ¡Y cuántas veces los más entendidos en la materia y los mejores conocedores de las lenguas, en el convencimiento común de que es imposible hallar una expresión equivalente, se apañan mucho unos de otros al querer indicar al menos la más aproximada! Esto vale exactamente igual para las expresiones vivas y pintorescas de las obras poéticas, y para las más abstractas, que designan lo más intrínseco y universal de las cosas, propias de la ciencia más alta.

[5] Lo segundo en que la traducción auténtica difiere por completo de la simple interpretación es lo siguiente. Siempre que lo que se dice no está totalmente determinado por objetos visibles o por realidades externas que basta con enunciar, es decir, cuando el hablante piensa más o menos independientemente y quiere, por tanto, expresarse, éste se halla ante la lengua en una relación doble, y lo que dice sólo puede ya entenderse bien en la medida en que tal relación es bien comprendida. De una parte, todos estamos en poder de la lengua que hablamos: nosotros y todo nuestro pensamiento somos producto de ella. No podemos pensar con total precisión nada que esté fuera de sus fronteras; la configuración de nuestros conceptos, el modo y los límites de la posibilidad de combinarlos nos están previamente trazados por la lengua en que hemos nacido y hemos sido educados; nuestro entendimiento y nuestra fantasía están ligados por ella. Mas, por otra parte, todo el que piensa libremente, y cuyo espíritu actúa por propio impulso, contribuye también a moldear la lengua. Pues ¿cómo si no a través de estos influjos, se habría formado y habría crecido desde su estado primitivo y rudo hasta una más alta perfección en la ciencia y el arte? En este sentido, es la fuerza viva del individuo la que produce nuevas formas en la materia dúctil de la lengua, inicialmente sólo con el propósito momentáneo de comunicar una observación transitoria; pero de tales formas quedan en la lengua unas veces más y otras menos, y recogidas por otros, siguen desarrollando su efecto modelador. Más aún, se puede decir que sólo en la medida en que uno actúa así sobre la lengua merece ser escuchado más allá de su singular e inmediato dominio. Todo discurso que puede ser reproducido del mismo modo por mil órganos, se extingue pronto necesariamente; sólo puede y debe durar más el que por sí mismo constituye un nuevo momento en la vida de la lengua. Por eso cualquier discurso libre y superior pide ser comprendido de dos modos; por una parte, desde el espíritu de la lengua cuyos elementos lo componen, como una exposición ceñida y condicionada por este espí-

ritu, engendrada y vivificada por él en el hablante; por otra parte, poder ser comprendido desde el ánimo del que lo produce, como obra suya, como algo que sólo desde su manera de ser puede surgir precisamente así y ser explicado. Más aún, cualquier discurso de esta naturaleza sólo se entiende, en el sentido más alto de la palabra, cuando ambas relaciones son comprendidas simultáneamente y en su verdadera proporción mutua, sabiendo cuál de las dos predomina en el todo o en las distintas partes. Para entender el discurso también como obra del que lo produce, es necesario sentir al mismo tiempo cuándo y cómo se ha apoderado de él la lengua, en qué momentos de la dirección ejercida por ella han serpeado los relámpagos del pensamiento, dónde y cómo ha quedado aprisionada en sus formas la vagante fantasía. Pero tampoco se entiende el discurso como producto de la lengua y como manifestación de su espíritu, al sentir, por ejemplo, que sólo un griego podía pensar y hablar así, que sólo esta lengua podía actuar así en un espíritu humano, no se siente al mismo tiempo que sólo este hombre podía pensar y hablar así en griego, que sólo él podía manejar y organizar así la lengua, que sólo su posesión viva de riqueza idiomática, su sentido alerta para la medida y la eufonía, su capacidad de pensar y de dar forma, podían manifestarse así. Ahora bien, si la intelección en este dominio es ya difícil en la lengua propia, e implica una penetración exacta y honda en el espíritu de la lengua y en la peculiaridad del escritor, ¿cómo no habrá de constituir incluso un arte elevado cuando se trate de las producciones de una lengua extraña y lejana? Quien ha llegado a este arte de la intelección a través de los más sólitos esfuerzos en torno a la lengua, mediante el conocimiento exacto de toda la vida histórica del pueblo y la rememoración vivísima de las distintas obras y de sus autores, ése, y sólo ése, puede sentir deseo de comunicar a sus compatriotas y contemporáneos su propia intelección de las obras maestras del arte y de la ciencia.

[6] Pero los escrúpulos tienen que acumularse cuando se dispone a emprender la tarea, cuando quiere definir con más exactitud sus fines y considera sus medios. ¿Debe proponerse establecer entre dos personas tan alejadas entre sí como son la que habla su misma lengua y desconoce la del autor original, y el autor mismo, una relación tan directa como la que hay entre un escritor y su lector nativo? O, aunque sólo quiera comunicar a sus lectores la misma intelección y el mismo goce que él disfruta, intelección y goce que conservan las huellas del esfuerzo y llevan mezclado el sentimiento de lo extraño, ¿cómo puede conseguir esto, y no digamos aquello, con los medios de que dispone? Para que sus lectores puedan entender, tienen que penetrar en el espíritu de la lengua del escritor original, tienen que poder intuir su peculiar manera de pensar y de

sentir. Y, para lograr ambas cosas, no puede ofrecerles más que su propia lengua, que nunca coincide plenamente con aquélla, y ofrece él mismo con su conocimiento más o menos claro del autor, y con la admiración y aprobación, mayor o menor, que le tributa. ¿No parece la traducción, así entendida, una empresa descabellada?

[7] Por eso, en la desesperanza de alcanzar esta meta, o, si se prefiere, antes de que se pudiera llegar a percibirla claramente, no por el verdadero sentido del arte y de la lengua, sino, de una parte, por necesidad intelectual, y, de otra, por habilidad mental, se inventaron otras dos maneras de trabar conocimiento con las obras de lenguas extrañas, suprimiendo así violentamente algunas de aquellas dificultades y soslayando prudentemente otras, pero abandonando por completo la idea de la traducción aquí propuesta; son esas dos maneras la paráfrasis y la imitación.

[8] La paráfrasis quiere expungar la irracionalidad de las lenguas, pero sólo de un modo mecánico. El parafrasta piensa: aunque no pueda hallar en mi lengua una palabra que corresponda a ésta de la lengua original, quiero acercarme lo más posible a su valor mediante la adición de complementos limitadores y ampliadores. Así, avanza pesadamente, entre lo molesto demasiado, y entre lo inquietante demasiado poco, mediante la acumulación de detalles sueltos. De este modo puede quizá reproducir el contenido con una exactitud limitada, pero renuncia por completo a la impresión; pues el discurso vivo queda irreparablemente muerto, y todos notan que, en su origen, no pudo salir así de un espíritu humano. El parafrasta opera con los elementos de ambas lenguas como si fueran signos matemáticos que por adición y sustracción pudieran reducirse a igual valor, y en esta operación ni el espíritu de la lengua transformada ni el de la original pueden manifestarse. Si, además, la paráfrasis pretende señalar psicológicamente las huellas de la unión de los pensamientos, donde son imprecisas y parecen perderse, mediante incisos que intercala como jalones, entonces aspira al mismo tiempo, cuando se trata de composiciones difíciles, a hacer de comentario, y se aleja todavía más del concepto de traducción.

[9] La imitación, en cambio, se doblega ante la irracionalidad de las lenguas. Confiesa que no se puede reproducir en otra lengua la imagen de una obra maestra del discurso de modo que cada una de sus partes corresponda exactamente a cada una de las partes del original, sino que, dada la diferencia de las lenguas, a la que va esencialmente unidas tantas otras diferencias, lo único que puede hacerse es elaborar una copia, un todo compuesto de partes notablemente diferentes de las del original, pero que, en la impresión que produce, se aproxime siempre al otro todo tanto como la diferencia del material lo permita. Pero tal remedio ya no es aquella misma

obra, ni se aspira a que en él aliente y actúe de algún modo el espíritu de la lengua original, sino que precisamente lo insólito que éste ha producido se sustituye por otra cosa; lo único que se pretende es que una obra de esta índole, habida cuenta de la diferencia de lengua, de costumbres, de cultura, sea en lo posible para sus lectores lo mismo que el original para sus destinatarios; al tratar de salvar la igualdad de la impresión, se renuncia a la identidad de la obra. Así, pues, el imitador ni siquiera intenta poner en contacto al autor original y al lector de la imitación, porque toda relación directa entre ellos le parece imposible, sino que pretende sólo producir en el lector una impresión semejante a la recibida por los lectores directos y contemporáneos del original.

[La paráfrasis se usa más en el terreno de las ciencias; la imitación, en el dominio del arte.] Y si es cierto que todos admiten que una obra de arte parafraseada pierde su tono, su lustre y todo su contenido artístico, también lo es que nadie ha cometido aún la locura de intentar la imitación de una obra maestra de la ciencia tratando libremente su contenido. Pero ninguno de los dos procedimientos puede satisfacer a quien, penetrado del valor de una obra maestra extranjera, quiere entender su círculo a los que hablan su misma lengua y tiene presente el riguroso concepto de traducción. Por eso, ninguno de los dos, por su misma desviación de este concepto, puede ser examinado ahora con más detalle; sólo figuran aquí como murias del terreno que propiamente nos interesa.

[10] Pero, entonces, ¿qué caminos puede emprender el verdadero traductor, que quiere aproximar de verdad a estas dos personas tan separadas, su escritor original y su propio lector, y facilitar a este último, sin obligarle a salir del círculo de su lengua materna, el más exacto y completo entendimiento y goce del primero? A mi juicio, sólo hay dos. O bien el traductor deja al escritor lo más tranquilo posible y hace que el lector vaya a su encuentro, o bien deja lo más tranquilo posible al lector y hace que vaya a su encuentro el escritor. Ambos son tan por completo diferentes, que uno de ellos tiene que ser seguido con el mayor rigor, pues cualquier mezcla produce necesariamente un resultado muy insatisfactorio, y es de temer que el encuentro de escritor y lector falle del todo. La diferencia entre ambos métodos, y que ésta sea su relación mutua, se verá enseguida. Porque, en el primer caso, el traductor se esfuerza por sustituir con su trabajo el conocimiento de la lengua original, del que el lector carece. La misma imagen, la misma impresión que él, con su conocimiento de la lengua original, ha logrado de la obra, trata de comunicarla a los lectores, moviéndolos, por consiguiente, hacia el lugar que él ocupa y que propiamente les es extraño. Pero si la traducción quiere hacer, por ejemplo, que un autor latino

hable como, de haber sido alemán, habría hablado y escrito para alemanes, entonces no sólo mueve al autor precisamente hasta el lugar del traductor, pues tampoco para éste habla alemán el autor, sino latín; más bien lo mete directamente en el mundo de los lectores alemanes y lo hace semejante a ellos; y éste es precisamente el otro caso. La traducción primera será perfecta en su género si se puede decir que, de haber aprendido alemán el autor tan bien como el traductor latín, no habría traducido su obra, originalmente redactada en latín, sino como realmente ha hecho el traductor. La otra, en cambio, al no mostrar al autor como él mismo habría traducido, sino como habría escrito originalmente en alemán y en cuanto alemán, difícilmente podrá tener otro criterio de perfección que no sea el poder asegurar que, si los lectores alemanes en conjunto se dejarán transformar en conocedores y contemporáneos del autor, la obra misma habría llegado a ser para ellos exactamente lo mismo que es ahora la traducción, al haberse transformado el autor en alemán. Siguen este método, evidentemente, cuantos utilizan la fórmula de que se ha de traducir a un autor como él mismo habría escrito en alemán.

[11] Esta confrontación pone sin duda de manifiesto cuán diferente tiene que ser el procedimiento en cada caso, y cómo, si en el mismo trabajo se quisiera alternar los métodos, todo resultaría incomprensible e inadecuado. Pero deseo afirmar también que, fuera de estos dos métodos, no puede haber otro que se proponga un fin determinado. Y es que ya no hay más procedimientos posibles. Las dos partes separadas o bien tienen que ir a encontrarse en un punto medio, y éste será siempre el del traductor, o bien una tiene que adaptarse totalmente a la otra, y entonces cae en el dominio de la traducción un único género, y el otro sólo entraría en él si, es nuestro caso, los lectores alemanes llegaran a dominar del todo la lengua latina, o más bien, si ésta llegara a apoderarse de ellos por completo, hasta transformarlos.

[12] Así, pues, todo lo que se dice sobre traducciones según la letra o según el sentido, traducciones fieles o traducciones libres, y cuantas otras expresiones puedan haber cobrado vigencia, aunque se trate de métodos diversos, tienen que poder reducirse a los dos mencionados. Y si lo que se busca es señalar vicios y virtudes, resultará que la fidelidad y la conformidad al sentido, o la literalidad y la libertad excesivas de un método serán distintas de las del otro. Mi intención es, por consiguiente, prescindir de todas las cuestiones particulares acerca de este objeto ya tratadas por los entendidos, y considerar sólo los rasgos más generales de aquellos dos métodos, para que pueda verse más fácilmente en qué consisten las ventajas y las dificultades de cada uno de ellos, y, por tanto, en qué sentido

alcanza mejor uno u otro el fin de la traducción, y cuáles son los límites dentro de los cuales puede aplicarse cada uno.

[13] Desde un punto de vista tan general, habría que emprender dos tareas, de las cuales este ensayo constituye sólo la introducción. Se podrían esbozar normas para cada uno de los dos métodos, teniendo en cuenta los diversos géneros del discurso, y se podrían comparar los más señalados intentos hechos de acuerdo con una u otra opinión, juzgarlos, y así aclarar más aún el tema. Ambas cosas tengo que dejarlas para otros o, al menos, para otra ocasión.

[14] El método que aspira a producir en el lector, mediante la traducción, la misma impresión que como alemán recibiría de la lectura de la obra en la lengua original, tiene que determinar ante todo qué clase de intelección de la lengua original quiere en cierto modo imitar. Pues hay una que no debe, y otra que no puede, ser imitada por la traducción. La primera es una intelección escolar, que torpemente se abre paso, todavía con esfuerzo y casi con repugnancia, a través de cada frase, y por eso nunca llega a la clara visión del todo, a la comprensión viva del conjunto. Mientras la parte culta de un pueblo no tenga, en general, ninguna experiencia de una penetración más honda en lenguas extranjeras, ojalá el genio tutelar de los que han avanzado más los libre de emprender tales traducciones. Pues, si pretendieran erigir en norma su propia intelección, ellos mismos serían mal entendidos y conseguirían poco; y si su traducción hubiera de representar la intelección corriente, habría que relegar cuanto antes al olvido una obra tan tosca. Así, pues, en tales circunstancias, conviene primero despertar y afinar el gusto de lo extraño mediante imitaciones libres, y preparar con paráfrasis una intelección más general, allanando así el camino para futuras traducciones.

[15] Pero hay otra intelección que ningún traductor puede imitar. Pensemos en esos hombres portentosos que la naturaleza suele producir a veces, como para mostrar que también puede destruir en casos aislados las barreras de lo nacional; hombres que sienten tan peculiar afinidad con una existencia ajena que se sitúan por completo, vital e ideológicamente, dentro de otra lengua y de sus producciones, y, al entregarse al estudio de un mundo extranjero, dejan que se les tornen completamente extraños su propio mundo y su propia lengua; o bien en esos hombres que están como destinados a representar en toda su amplitud la capacidad lingüística, y para quienes todas las lenguas que pueden alcanzar son del todo equivalentes y les sientan como hechas a su medida: estos hombres se sitúan en un punto en que el valor de la traducción se reduce a cero. En efecto, como en su comprensión de obras extranjeras ya no se da el menor influjo de la lengua materna, y la conciencia de su intelección no les llega de ningún modo en esta lengua, sino que la

adquieren directa y espontáneamente en la del original, tampoco sienten la menor inmensurabilidad entre su pensamiento y la lengua en que leen. Por eso ninguna traducción puede alcanzar ni exponer la intelección que ellos obtienen. Y del mismo modo que traducir para ellos sería verter agua en el mar o echársela al vino, así también suelen ellos, desde su altura, sonreír compasivamente, y no sin razón, al ver los intentos que en este dominio se hacen. Pues, en verdad, si el público para el que se traduce fuese igual que ellos, sería inútil tal esfuerzo.

[16] La traducción se ordena, pues, a un estado que se halla a medio camino entre estos dos, y el traductor tiene que ponerse como metá proporcionar a su lector una imagen y un placer semejantes a los que la lectura de la obra en la lengua original procura al hombre cultivado, al que, en el mejor sentido de estas palabras, solemos llamar aficionado y entendido, que conoce suficientemente la lengua extranjera sin que deje de resultarle extraña, y ya no necesita, como los alumnos, repensar en la lengua materna cada parte antes de comprender el todo, pero, incluso cuando más sin trabas disfruta de las bellezas de una obra, sigue notando siempre la diferencia entre la lengua en que está escrita y su lengua materna. Es cierto que, aun después de fijar estos puntos, el círculo de acción y la delimitación de esta manera de traducir siguen pareciéndonos bastante imprecisos. Lo único que vemos es que, así como la inclinación a traducir sólo puede nacer cuando entre la parte cultivada del pueblo se ha extendido cierta capacidad de trato con lenguas extranjeras, así también el arte sólo puede crecer y apuntar cada vez más alto, a medida que la afición y el conocimiento de obras foráneas se extiende y se eleva entre aquella parte del pueblo que ha ejercitado y educado su oído sin hacer del aprendizaje de lenguas su verdadero oficio. Pero, al mismo tiempo, no podemos ocultar que, cuanto más sensibles sean los lectores a tales traducciones, tanto más se acumularán también las dificultades de la empresa, tanto todo si se mira a los productos más peculiares del arte y de la ciencia de un pueblo, que ciertamente son para el traductor los objetos más importantes. Y es que, siendo la lengua un ente histórico, no puede haber auténtico sentido para ella sin sentido para su historia. Las lenguas no se inventan, y trabajar en ellas o sobre ellas de modo puramente arbitrario es siempre un disparate; las lenguas se descubren poco a poco, y la ciencia y el arte son las fuerzas que promueven y completan este descubrimiento. Todo espíritu selecto, en el que una parte de las intuiciones del pueblo se configura de modo peculiar en una de ambas formas, trabaja y actúa dentro de la lengua en tal sentido, y también sus obras tienen que contener, por tanto, una parte de la historia de su lengua.

[17] Esto causa al traductor de obras científicas dificultades grandes, con frecuencia incluso insuperables; pues a quien, provisto de conocimientos suficientes, lee en la lengua original una obra insigne de esta clase, no se le escapa fácilmente el influjo ejercido por ella sobre la lengua. Observa qué palabras, qué construcciones se le muestran allí todavía en el primer brillo de la novedad; ve cómo se deslizan en la lengua a través de las exigencias propias de este espíritu y de la fuerza que lo caracteriza, y esta observación determina en gran medida la impresión que recibe. El traductor debe, pues, transmitir esto también a sus lectores; de lo contrario, dejará perderse una parte, a menudo muy importante, de lo que le está reservado. Pero ¿cómo se puede conseguir esto? Ya en lo particular, ¡cuántas veces a una palabra nueva de la lengua original corresponderá en la nuestra precisamente una palabra vieja y gastada, de suerte que el traductor, si quisiera mostrar también entonces cómo actúa la obra original modelando la lengua, tendría que meter en el pasaje un contenido extraño y, por tanto, pasar al terreno de la imitación. ¡Cuántas veces, aunque pueda reproducir lo nuevo con lo nuevo, resultará que la palabra más semejante por su composición y procedencia no es la que mejor reproduce el sentido, y tendrá que suscitar otros acordes, si no quiere vulnerar la coherencia inmediata! Tendrá que consolarse pensando que en otros pasajes donde el autor ha usado palabras viejas y conocidas, puede desquitarse, logrando así en conjunto lo que no puede conseguir en cada caso.

(Traducción de Valentín García Yebra.)

en unir ambas, si bien, como hombre de sentimientos y de gusto, en caso de duda, prefirió la primera.

3. *Diván de Oriente y Occidente* (1819)

Hay tres maneras de traducir. La primera nos hace conocer lo extranjero en nuestro sentido. Para esto no hay nada mejor que la traducción en prosa. Pues si bien la prosa elimina toda la peculiaridad de un poema e, incluso, deja de lado el entusiasmo poético situando todo a un mismo nivel, ella nos rinde el mayor servicio, ya que nos sorprende en un primer momento nacional en nuestra vida corriente con lo mejor del extranjero y, sin que nosotros nos demos cuenta de cómo sucede, nos sitúa en un estado de espíritu superior en el que verdaderamente nos sentimos edificados.

Si se hubiera traducido el *Cantar de los Nibelungos* en prosa elaborada, se habría hecho de él un libro popular y así se habría ganado muchísimo y el extraño, grave, oscuro y cruel sentido caballeresco nos habría hablado en toda su fuerza. El que esto sea ahora aconsejable es una cosa que deben decidir aquellos que se han dedicado a esos asuntos de la antigüedad de una manera más profunda.

Una segunda época ha seguido a esta, en la que se ha tratado de adaptarse a las manifestaciones de la existencia extranjera, pero en la que, en realidad, sólo se intenta tomar el sentido extranjero para representarlo a través del propio. Semillante época de la traducción la denominaría, en el sentido más estricto de la palabra, la época parodística. Los franceses usan de este procedimiento en la traducción de todas las obras poéticas. Los franceses, al igual que adaptan a su hablar las palabras extranjeras, hacen lo mismo con los sentimientos, los pensamientos e, incluso, los objetos. Para todo fruto extranjero, ellos exigen siempre y a toda costa un equivalente que haya echado raíces en su propio terreno [...].

Pero como no se puede perseverar por largo tiempo ni en lo perfecto ni en lo imperfecto y como a una transformación debe suceder siempre otra, hemos llegado a un tercer período que podríamos considerar el último y postrero, en el que sería posible conseguir una traducción idéntica al original, de manera que pudiera valer no en vez de la otra, sino en su lugar.

Este modo de traducir encontró en un principio la más dura resistencia, pues el traductor que sigue de cerca su original renuncia

J. W. VON GOETHE

1. Carta a Schiller (1795)

Una traducción que intenta identificarse con el original se aproxima a la versión interlineal y facilita enormemente la inteligencia del original, con lo que se nos introduce en el texto o, incluso, se nos arroja a él, y con ello se cierra el círculo en el que se mueve el acercamiento de lo extraño y lo propio, de lo conocido y lo desconocido.

2. En fraternal recuerdo de Wieland (1813)

Hay dos máximas para traducir: la primera pretende que el autor de una nación extranjera sea traspuesto a la nuestra de tal manera que podamos considerarlo como nuestro. La otra, por el contrario, exige de nosotros que nos traslademos a su figura, que nos situemos en sus circunstancias, su manera de decir y sus peculiaridades. Las ventajas de ambas son suficientemente conocidas a toda persona culta. Nuestro amigo¹ que había buscado el término medio, se esforzó

¹ Chr. M. Wieland (1733-1813), escritor alemán de la «Empfindsamkeit», vecino de Weimar y amigo de Goethe.

más o menos a la originalidad de su nación, resultando así un tercer término al que es necesario que el gusto público se adapte.

El nunca bien ponderado Voss no satisfizo en un principio al público hasta que éste no consiguió adaptarse a esta manera. Pero quien ahora pasa por alto lo sucedido, quien pasa por alto qué verosimilitud ha llegado a los alemanes, de qué ventajas retóricas, rítmicas y métricas disponen los jóvenes ingeniosos y de talento, cómo Ariosto y Tasso, Shakespeare y Calderón se nos presentan como extraños alemanizados en doble o triple versión, tendrá que esperar a que la historia de la literatura pronuncie el nombre de quien bajo innumerables obstáculos emprendió tal camino [...].

4. Con Eckermann (1825)

Y por lo que respecta al griego, al latín, al italiano y al español, nosotros los alemanes podemos leer perfectamente las mejores obras de estas naciones en traducciones en tan buen alemán, que, a no ser que se trate de intereses específicos, no tenemos motivo para gastar nuestro tiempo en el aprendizaje de esos idiomas.

5. Carta a Streckfuss (1827)

Al traducir, tenemos que llegar casi a lo intraducible. Sólo entonces tomaremos conciencia de la nación extraña y del idioma extranjero.

6. Ficción y verdad (1811-1833)

Saludo tanto el ritmo como la rima, gracias a los cuales la poesía se hace poesía, pero lo que propiamente actúa de una manera profunda y efectiva, lo que auténticamente forma y hace progresar es aquello que queda del poeta cuando es traducido en prosa. Sólo

entonces se advierte el contenido puro que en su defecto un ofuscante exterior sabe a menudo hacernos ver. Por eso considero que, para los inicios de la formación juvenil, las traducciones en prosa son más provechosas que las poéticas: pues hay que notar que los muchachos, a los que todo tiene que servir de broma, se divierten con el sonido de las palabras, en la cadencia de las sílabas y mediante una especie de presunción parodística destruyen el contenido profundo de la más noble obra. Por eso me planteo si no sería mejor una traducción de Homero en prosa, una traducción que naturalmente estuviera a la altura del grado de desarrollo en el que se encuentra la literatura alemana. Esta cuestión la planteo a los pedagogos, cuya amplia experiencia debe decidir sobre el asunto. Pero a favor de mi sugerencia quiero y voy a hacer mención de la traducción de la Biblia de Lutero, pues el que este hombre extraordinario nos haya entregado en nuestra lengua materna una obra concebida en los más diversos estilos reproduciendo su tono poético, histórico, instructivo e imperativo como si todo fuera de una pieza, ha promovido más el sentido religioso que si hubiera intentado reproducir todas las peculiaridades concretas del original.

(Traducción de Miguel Ángel Vega.)

JOSÉ ORTEGA Y GASSET
MISERIA Y ESPLENDOR DE LA
TRADUCCIÓN

Artículos publicados en *La Nación*,
de Buenos Aires, mayo-junio 1937.

I

LA MISERIA.

En una reunión a que asisten profesores del Colegio de Francia, universitarios y personas afines, alguien habla de que es imposible traducir ciertos pensadores alemanes y propone que, generalizando el tema, se haga un estudio sobre qué filósofos se pueden traducir y cuáles no.

Parece esto suponer, con excesiva convicción, que hay filósofos y, más en general, escritores que se pueden, en efecto, traducir. ¿No es esto ilusorio?—me permití insinuar. ¿No es traducir, sin remedio, un afán utópico? Verdad es que cada día me acuerdo más a la opinión de que todo lo que el hombre hace es utópico. Se ocupa en conocer sin conseguir conocer plenamente nada. Cuando hace justicia acaba indefectiblemente haciendo alguna bellaquería. Cree que ama y luego advierte que se quedó en la promesa de hacerlo. No se entiendan estas palabras en un sentido de sátira moral, como si yo censurase a mis colegas de especie porque no hacen lo que pretenden. Mi intención es, precisamente, lo contrario: en vez de inculparles por su fracaso quiero sugerir que ninguna de esas cosas se puede hacer, que son de suyo imposibles, que se quedan en mera pretensión, vano proyecto y ademán inválido. La naturaleza ha dotado a cada animal de un programa de actos que, sin más, se pueden ejecutar satisfactoriamente. Por eso es tan raro que el animal esté triste. Sólo en los superiores—en el perro, en el caballo—se advierte alguna vez algo así como tristeza, y precisamente entonces es cuando nos parecen más cerca de nosotros, más humanos. Tal vez el espectáculo más azorante, por lo equívoco, que presenta la naturaleza sea—en el fondo misterioso de la selva—la melancolía

del orangután. Normalmente los animales son felices. Nuestro sino es opuesto. Los hombres andan siempre melancólicos, maniáticos y frenéticos, maltrados por todos estos morbos que Hipócrates llamó divinos. Y la razón de ello está en que los quehaceres humanos son irrealizables. El destino—el privilegio y el honor—del hombre es no lograr nunca lo que se propone y ser pura pretensión, viviente utopía. Parte siempre hacia el fracaso y antes de entrar en la pelea lleva ya herida la sien.

Así acontece en esta modesta ocupación que es traducir. En el orden intelectual no cabe fama más humilde. Sin embargo, resulta ser exorbitante.

Escribir bien consiste en hacer continuamente pequeñas erosiones a la gramática, al uso establecido, a la norma vigente de la lengua. Es un acto de rebeldía permanente contra el contorno social, una subversión. Escribir bien implica cierto radical dehañado. Ahora bien; el traductor suele ser un personaje apocado. Por timidez ha escogido tal ocupación, la mínima. Se encuentra ante el enorme aparato policédico que son la gramática y el uso mostrenco. ¿Qué hará con el texto rebelde? ¿No es pedirle demasiado que lo sea él también y por cuenta ajena? Vencerá en él la pusilanimidad y en vez de contravenir los bandos gramaticales hará todo lo contrario: meterá al escritor traducido en la prisión del lenguaje normal; es decir, que le tracionará. *Traduttore, traditore.*

—Y, sin embargo, los libros de ciencias exactas y naturales se pueden traducir—responde mi interlocutor.

—No niego que la dificultad es menor, pero sí que no exista. La rama de la matemática que más en boga ha estado durante el último cuarto de siglo ha sido la *Teoría de los Conjuntos*. Pues bien; su creador, Cantor, la bautizó con un término que no hay modo de traducir en nuestras lenguas. Lo que hemos tenido que llamar «conjunto» lo llamaba él *Menge*, vocablo cuya significación no se cubre con la de conjunto. No exageremos, pues, la traducibilidad de las ciencias matemáticas y físicas. Pero, hecha esta salvedad, estoy dispuesto a reconocer que la versión puede en ellas llegar mucho más cerca que en las demás disciplinas.

—¿Reconoce usted, entonces, que hay dos clases de escritos: los que se pueden traducir y los que no?

—Si hablamos *grasso modo*, habrá que aceptar esa distinción, pero al hacerlo nos cerramos la entrada al verdadero problema que toda traducción plantea. Porque si nos preguntamos cuál es la razón de que ciertos libros científicos sean más fáciles de traducir caeremos

pronto en la cuenta de que en ellos el autor mismo ha comenzado por traducirse de la lengua auténtica en que él «vive, se mueve y es», a una pseudolengua formada por términos técnicos, por vocablos lingüísticamente artificiosos que él mismo necesita definir en su libro. En suma, se traduce a sí mismo de una lengua a una terminología.

—Pero, ¿una terminología es una lengua como otra cualquiera! Más aún, según nuestro Condillac: la lengua mejor, la lengua «bien hecha», es la ciencia.

—Perdóneme que en eso discrepe radicalmente de usted y del buen abate. Una lengua es un sistema de signos verbales merced al cual los individuos pueden entenderse sin previo acuerdo, al paso que una terminología sólo es inteligible si previamente el que escribe o habla y el que lee o escucha se han puesto *individualmente* de acuerdo sobre el significado de los signos. Por eso la llamo pseudolengua y digo que el hombre de ciencia tiene que comenzar por traducir su propio pensamiento a ella. Es un *volapuk*, un esperanto establecido por convención deliberada entre los que cultivan esa disciplina. De aquí que sea más fácil traducir esos libros de una lengua a otra. En realidad, los de todos los países están ya escritos casi íntegramente en la misma. Tan es así que estos libros parecen herméticos, ininteligibles o por lo menos muy difíciles de entender a los hombres que hablan la lengua auténtica en que aparentemente están escritos.

—En juego limpio no tengo más remedio que dar a usted la razón y además decirle que comienzo a entrever ciertos misterios de la relación verbal entre hombre y hombre que no había hasta ahora advertido.

—Y yo, a mi vez, entiendo que es usted una especie de último abencerraje, último superviviente de una fauna desaparecida, puesto que es usted capaz, frente a otro hombre, de creer que es el otro y no usted quien tiene razón. En efecto: el asunto de la traducción, a poco que lo persigamos, nos lleva hasta los arcanos más recónditos del maravilloso fenómeno que es el habla. Aun atriéndonos a lo más inmediato que nuestro tema ofrece, tendremos por ahora bastante. En lo dicho hasta aquí me he limitado a fundar el utopismo del traducir en que el autor de un libro no matemático ni físico, ni, si usted quiere, biológico, es un escritor en algún buen sentido de la palabra. Esto implica que ha usado su lengua nativa con un prodigioso tacto, logrando dos cosas que parece imposible cohonestar: ser inteligible, sin más, y a la vez modificar el uso ordinario del idioma. Esta doble operación es más difícil de ejecutar que andar

por la cuerda floja. ¿Cómo podremos exigirla de los traductores corrientes? Mas, tras esta primera dificultad que ofrece la versión del estilo personal, nos aparecen nuevas capas de dificultades. El estilismo personal consiste, por ejemplo, en que el autor desvíe ligeramente el sentido habitual de la palabra, la obliga a que el círculo de objetos que designa no coincida exactamente con el círculo de objetos que esa misma palabra suele significar en su uso habitual. La tendencia general de estas desviaciones en un escritor es lo que llamamos su estilo. Pero es el caso que cada lengua comparada con otra tiene también su estilo lingüístico, lo que Humboldt llamaba su «forma interna». Por tanto, es utópico creer que dos vocablos pertenecientes a dos idiomas y que el diccionario nos da como traducción el uno del otro, se refieren exactamente a los mismo objetos. Formadas las lenguas en paisajes diferentes y en vista de experiencias distintas, es natural su incongruencia. Es falso, por ejemplo, suponer que el español llama bosque a lo mismo que el alemán llama *Wald*, y, sin embargo, el diccionario nos dice que *Wald* significa bosque. Si hubiera humor para ello sería excelente ocasión para intercalar un «aria de bravura» describiendo el bosque de Alemania en contraposición al bosque español. Hago gracia a ustedes de la canción pero reclamo su resultado, la clara intuición de la enorme diferencia que entre ambas realidades existe. Es tan grande, que no sólo ellas son de sobra incongruentes, sino que lo son casi todas sus resonancias intelectuales y emotivas.

Los perfiles de ambas significaciones son inconcidentes como las fotografías de dos personas hechas la una sobre la otra. Y como en este caso nuestra vista vacila y se mareja sin conseguir quedarse con uno u otro perfil ni formarse un tercero, imaginemos la vaguedad penosa que nos dejará la lectura de miles de palabras a quienes esto acontece. Son, pues, unas mismas causas las que producen en la imagen visual y en el lenguaje el fenómeno del *flow*. La traducción es el permanente *flow* literario, y como, de otra parte, lo que solemos llamar tontería no es sino el *flow* del pensamiento, no extrañemos que un autor traducido nos parezca siempre un poco tonto.

II

LOS DOS UTOPISMOS.

Cuando la conversación no es un mero canje de mecanismos verbales en que los hombres se comportan casi como gramófonos, sino que los interlocutores hablan de verdad sobre un asunto, se produce un curioso fenómeno. Conforme avanza la conversación, la personalidad de cada uno se va disociando progresivamente: una parte de ella atiende a lo que se dice y colabora al decir, mientras la otra, atraída por el tema mismo, como el pájaro por la serpiente, se retrae cada vez más hacia su íntimo fondo y se dedica a pensar en el asunto. Al conversar vivimos en sociedad: al pensar nos quedamos solos. Pero el caso es que en ese género de conversaciones hacemos ambas cosas a la vez, y a medida que la charla progresa las vamos haciendo con intensidad creciente: atendemos con emoción casi dramática a lo que se va diciendo y al propio tiempo nos vamos sumiendo más y más en la soledad abisal de nuestra meditación. Esta creciente disociación no se puede sostener en permanente equilibrio. De aquí que sea característico de tales conversaciones la arribada a un instante en que sufren un síncope y reina denso silencio. Cada interlocutor queda absorto en sí mismo. De puro estar pensando no puede hablar. El diálogo ha engendrado silencio y la sociedad inicial precipita en soledades.

Esto aconteció en nuestra reunión. Después de mis últimas palabras. ¿Por qué, entonces? No hay duda: esta marea viva del silencio que llega a cubrir el diálogo se produce cuando el desarrollo del tema ha llegado a su extremo en una de sus direcciones y la conversación tiene que girar sobre sí misma y poner la proa a otro cuadrante.

—Este silencio—dijo alguien—que ha surgido entre nosotros tiene un carácter fúnebre. Ha matado usted la traducción y, taciturnos, seguimos su entierro.

—¡Ah, no!—repuse yo. ¡De ninguna manera! Me importaba mucho subrayar las miserias del traducir, me importaba sobre todo definir su dificultad, su improbabilidad, pero no para quedarme en ello, sino al revés: para que fuese resorte balístico que nos lanzase

hacia el posible esplendor del arte de traducir. Es, pues, el minuto oportuno para gritar: «¡La traducción ha muerto! ¡Viva la traducción!» Ahora tenemos que bogar en sentido opuesto y, como Sócrates dice en ocasiones parecidas, tenemos que cantar la palinodia.

—Me temo—dijo el señor X—que le cueste a usted mucho trabajo. Porque no olvidamos su afirmación inicial que nos presentó la faena del traducir como una operación utópica y un propósito imposible.

—En efecto; eso dije y un poco más: que todos los quehaceres específicos del hombre tienen parejo carácter. No teman ustedes que intente decir ahora por qué pienso así. Sé que en una conversación francesa hay siempre que evitar lo principal y conviene mantenerse en la zona templada de las cuestiones intermedias. Harto amables son ustedes tolerándome y hasta imponiéndome este monólogo disfrazado, a pesar de que el monólogo es, tal vez, el crimen más grave que se puede cometer en París. Por eso hablo un poco cohibido y con la conciencia pesada bajo la impresión de estar cometiendo algo así como un estupro. Sólo me tranquiliza la convicción de que un francés camina arrastrando los pies y no puede permitirse la ágil contradanza del diálogo. Pero volvamos a nuestro tema, a la condición esencialmente utópica de todo lo humano. En vez de asentar sobre razones demasiado sólidas esta doctrina voy a permitirle sólo invitarles a que ensayen ustedes, por puro placer de experimento intelectual, suponerla como principio radical y contemplen bajo su luz los afanes del hombre.

—Sin embargo—dijo el querido amigo Jean Baruzi—, es frecuente en su obra el combate contra el utopismo.

—¡Frecuente y sustancial! Hay un falso utopismo que es la estricta inversión del que ahora tengo a la vista; un utopismo consistente en creer que lo que el hombre desea, proyecta y se propone es, sin más, posible. Por nada siento mayor repugnancia y veo en él la causa máxima de cuantas desdichas acontecen ahora en el planeta. En el humilde asunto que ahora nos ocupa podemos apreciar el sentido opuesto de ambos utopismos. El mal utopista, lo mismo que el bueno, consideran deseable corregir la realidad natural que confina a los hombres en el recinto de lenguas diversas impidiéndoles la comunicación. El mal utopista piensa que, *puesto* que es deseable, es posible, y de esto no hay más que un paso hasta creer que es fácil. En tal persuasión no dará muchas vueltas a la cuestión de cómo hay que traducir, sino que sin más comenzará la faena. He aquí por qué casi todas las traducciones hechas hasta ahora son malas. El buen

utopista, en cambio, piensa que *puesto* que sería deseable libertar a los hombres de la distancia impuesta por las lenguas, no hay probabilidad de que se pueda conseguir; por tanto, que sólo cabe lograrlo en medida aproximada. Pero esta aproximación puede ser mayor o menor..., hasta el infinito, y ello abre ante nuestro esfuerzo una actuación sin límites en que siempre cabe mejora, superación, perfeccionamiento; en suma: «progreso». En quehaceres de esta índole consiste toda la existencia humana. Imaginen ustedes lo contrario: que se viesen condenados a no ocuparse sino en hacer lo que es posible, lo que de suyo puede lograrse. ¡Qué angustia! Sentirían ustedes su vida como vaciada de sí misma. Precisamente porque su actividad lograba lo que se proponía les parecería a ustedes no estar haciendo nada. La existencia del hombre tiene un carácter deportivo, de esfuerzo que se complace en sí mismo y no en su resultado. La historia universal nos hace ver la incansante e inagotable capacidad del hombre para inventar proyectos irrealizables. En el esfuerzo para realizarlos logra muchas cosas, crea innumerables realidades que la llamada naturaleza es incapaz de producir por sí misma. Lo único que no logra nunca el hombre es, precisamente, lo que se propone—sea dicho en su honor. Esta nupcia de la realidad con el incubo de lo imposible proporciona al universo los únicos aumentos de que es susceptible. Por eso importa mucho subrayar que todo—se entiende todo lo que merece la pena, todo lo que es de verdad humana—es difícil, muy difícil; tanto, que es imposible.

Como ustedes ven, no es una objeción contra el posible esplendor de la faena traductora declarar su imposibilidad. Al contrario, este carácter le presta la más sublime filiación y nos hace entrever qué tiene sentido.

—Según esto—interrumpe un profesor de historia del arte—tendría usted a pensar, como yo, que la misión propia del hombre, lo que proporciona sentido a sus afanes, es llevar la contra a la naturaleza.

—Ando, en efecto, muy cerca de tal opinión, siempre que no se olvide—lo que para mí es fundamental—la anterior distinción entre los dos utopismos: el bueno y el malo. Digo esto, porque la característica esencial del buen utopista al oponerse radicalmente a la naturaleza es contar con ella y no hacerse ilusiones. El buen utopista se compromete consigo mismo a ser primero un inexorable realista. Sólo cuando está seguro de que ha visto bien, sin hacerse la menor ilusión y en su más agria desnudez, la realidad, se revuelve contra ella garboso y se esfuerza en reformarla en el sentido de lo imposible, que es lo único que tiene sentido.

La actitud inversa, que es la tradicional, consiste en creer que lo deseable está ya ahí como un fruto espontáneo de la realidad. Esto nos ha cegado a *l'inné* para entender las cosas humanas. Todos, por ejemplo, deseamos que el hombre sea bueno, pero el Rousseau de ustedes que nos han hecho padecer a los demás creía que ese deseo estaba ya realizado desde luego, que el hombre era bueno de suyo o por naturaleza. Lo cual nos ha estropeado siglo y medio de historia europea que hubiera podido ser magnífica, y hemos necesitado infinitas angustias, enormes catástrofes—y las que todavía van a venir—para redescubrir la simple verdad, conocida por casi todos los siglos anteriores, según la cual el hombre, de suyo, no es sino una mala bestia.

O para volver definitivamente a nuestro tema: tan lejos está de quitar sentido a la ocupación de traducir subrayar su imposibilidad, que a nadie se le ocurre considerar absurdo el que hablemos unos con otros en nuestro materno idioma Y, sin embargo, se trata también de un ejercicio utópico.

Esta afirmación produjo en torno un encrespamiento de oposiciones y protestas. «Eso es un superlativo o, mejor, lo que los gramáticos llaman un «excesivo», dijo un filólogo, hasta entonces tácito. «Me parece demasiado decir y cosa paradójica», exclamó un sociólogo.

—Veo que la navecilla audaz de mi doctrina corre riesgos de naufragio en esta súbita tormenta. Yo comprendo que para oídos franceses, aun siendo como los de ustedes, tan benévolo, resulte dura de oír la afirmación de que hablar es un ejercicio utópico. Pero, ¿qué le voy a hacer, si tal es irrecusablemente la verdad?

III

SOBRE EL HABLAR Y EL CALLAR.

Una vez aplacada la tormenta que mis últimas palabras habían suscitado, pude continuar de esta manera:

—Comprendo muy bien la indignación de ustedes. La afirmación de que hablar es una faena ilusoria y una acción utópica tiene todo el aire de una paradoja y la paradoja es siempre irritante. Lo es mucho más para franceses. Tal vez el curso de esta conversación

nos lleve a un punto en que necesitemos aclarar por qué el espíritu francés es tan enemigo de la paradoja. Pero reconocerán ustedes que no siempre está en nuestro albedrío evitarla. Cuando tratamos de rectificar una opinión muy fundamental, que nos parece muy errónea, no hay probabilidad de que nuestras palabras se eximan de cierta paradójica insolencia. ¡Quién sabe, quién sabe si el intelectual, por prescripción inextinguible y contra su gusto o voluntad, no ha sido comisionado para hacer constar en este mundo la paradoja! Si alguien se hubiese ocupado en aclararnos, de una vez y a fondo, por qué existe el intelectual, para qué está ahí desde que está, y nos pudiese delante algunos sencillos datos de cómo sintieron su misión los más antiguos—por ejemplo, los pensadores arcaicos de Grecia, los primeros profetas de Israel, etc.—, acaso resultase esa sospecha más cosa evidente y trivial. Porque, al cabo, *doxa* significa la opinión pública, y no parece justificado que exista una clase de hombres cuyo oficio específico consiste en opinar si su opinión ha de coincidir con la pública. ¿No es esto superfluo o, como nuestro lenguaje español, hecho más por arretos que por chamberlanes, dice: albarda sobre albarda? ¿No parece más verosímil que el intelectual existe para llevar la contraria a la opinión pública, a la *doxa*, descubriendo, sosteniendo frente al lugar común la opinión verdadera, la *paradoxa*? Pudiera acontecer que la misión del intelectual fuese esencialmente impopular.

Tomen ustedes estas sugerencias no más que como defensa mía frente a su irritación, pero sea dicho de paso que con ellas creo rozar asuntos de primer orden, aunque escandalosamente intactos. Conste, por lo demás, que de esta nueva divagación son ustedes los responsables por haberse soliviantado contra mí.

Y el caso es que mi afirmación, pese a su fisonomía paradójica, es cosa bastante simple y obvia. Solemos entender por hablar el ejercicio de una actividad mediante la cual logramos hacer nuestro pensamiento manifiesto al prójimo. El habla es, ¡claro está!, muchas otras cosas además de esto, pero todas ellas suponen o implican esa función primaria del hablar. Por ejemplo, hablando intentamos persuadir a otro, influir en él, a veces engañarlo. La mentira es un habla que oculta nuestro auténtico pensamiento. Pero es evidente que la mentira sería imposible si el hablar primario y normal no fuese sincero. La moneda falsa circula sostenida por la moneda sana. A la postre, el engaño resulta ser un humilde parásito de la ingenuidad.

Digamos, pues, que el hombre, cuando se pone a hablar lo hace

porque cree que va a poder decir lo que piensa. Pues bien; esto es ilusorio. El lenguaje no da para tanto. Dice, poco más o menos, una parte de lo que pensamos y pone una valla infranqueable a la transusión del resto. Sirve bastante bien para enunciaciones y pruebas matemáticas: ya el hablar de física empieza a ser equivoco o insuficiente. Pero conforme la conversación se ocupa de temas más importantes que esos, más humanos, más «reales», va aumentando su imprecisión, su torpeza y su confusión. Dóctiles al prejuicio inveterado de que hablando nos entendemos, decimos y escuchamos tan de buena fe que acabamos por malentendernos mucho más que si mudos nos ocupásemos en adivinarnos. Más aún: como nuestro pensamiento está en gran medida adscrito a la lengua—aunque me resisto a creer que la adscripción sea, como suele sostenerse, absoluta—, resulta que pensar es hablar consigo mismo y, consecuentemente, malentenderse a sí mismo y correr gran riesgo de hacerse un puro lío.

—¿No exagera usted un poco?—pregunta irónico mister Z.

—Tal vez, tal vez... Pero se trataría en todo caso de una exageración medicinal y compensatoria. En 1922 hubo una sesión en la Sociedad de Filosofía, de París, dedicada a discutir el problema del progreso en el lenguaje. Tomaron parte en ella, junto a los filósofos del Sena, los grandes maestros de la escuela lingüística francesa, que es, en cierto modo, al menos como escuela, la más ilustre del mundo. Pues bien; leyendo el extracto de la discusión, topé con unas frases de Meillet, que me dejaron estupefacto—de Meillet, maestro sumo de la lingüística contemporánea—: «Toda lengua—decía—expresa cuanto es necesario a la sociedad de que es órgano... Con cualquier fonetismo, con cualquier gramática, se puede expresar cualquiera cosa.» ¿No les parece a ustedes que, salvando todos los respetos debidos a la memoria de Meillet, hay también en esas palabras evidente exageración? ¿Cómo ha averiguado Meillet la verdad de sentencias tan absolutas? No será en calidad de lingüista. Como lingüista conoce sólo las lenguas de los pueblos, pero no sus pensamientos, y su dogma supone haber medido éstos con aquellas y haber hallado que coinciden, sobre que no basta decir: toda lengua puede formular todo pensamiento, sino si todas pueden hacerlo con la misma facilidad e inmediatez. La lengua vasca será todo lo perfecta que Meillet quiera, pero el caso es que se olvidó de incluir en su vocabulario un signo para designar a Dios y fué menester echar mano del que significaba «señor de lo alto»—*Jangoikua*. Como hace siglos desapareció la autoridad señorial, *Jangoikua* significa hoy direc-

tamente Dios, pero hemos de ponernos en la época en que se vió obligada a pensar Dios como una autoridad política y mundanal, a pensar Dios como gobernador civil o cosa por el estilo. Precisamente, este caso nos revela que, falsos de nombre para Dios, costaba mucho trabajo a los vascos pensarlo: por eso tardaron tanto en convertirse al cristianismo y el vocablo indica que fué necesaria la intervención de la policía para meter en sus cabezas la idea pura de la divinidad. De modo que la lengua no sólo pone dificultades a la expresión de ciertos pensamientos, sino que estorba la recepción de otros, paraliza nuestra inteligencia en ciertas direcciones.

No vamos a entrar ahora en las cuestiones verdaderamente radicales—¡y las más sugestivas!—que suscita este enorme fenómeno que es el lenguaje. A mi juicio, esas cuestiones no han sido aún ni siquiera entrevistadas, precisamente por habernos cegado para ellas el equivoco perpetuo oculto en esa idea de que el habla nos sirve para manifestar nuestros pensamientos.

—¿A qué equivoco se refiere usted? No entiendo bien—pregunta el historiador del arte.

—Esa frase puede significar dos cosas radicalmente distintas: que al hablar intentamos expresar nuestras ideas o estados íntimos pero sólo en parte lo logramos, o bien, que el habla consigue *plenamente* este propósito. Como ven ustedes, reaparecen aquí los dos utopismos con que tropezamos antes al ocuparnos de la traducción. Y lo mismo aparecerán en todo hacer humano, según la tesis general que les invité a ensayar: «todo lo que el hombre hace es utópico». Sólo este principio nos abre los ojos sobre las cuestiones radicales del lenguaje. Porque si, en efecto, nos curamos de pensar que el habla logra expresar *todo* lo que pensamos, nos daremos cuenta de lo que de hecho y con toda evidencia nos pasa constantemente, a saber: que, constantemente, al hablar o escribir *renunciemos* a decir muchas cosas porque la lengua no nos lo permite. ¡Ah, pero entonces la efectividad del hablar no es sólo decir, manifestar, sino que, al mismo tiempo, es inexcusablemente renunciar a decir, callar, silenciar! El fenómeno no puede ser más frecuente e incuestionable. Recuerden ustedes lo que les pasa cuando tienen que hablar en una lengua extraña. ¡Qué tristeza! Es la que yo estoy sintiendo ahora al hablar en francés: la tristeza de tener que callar las cuatro quintas partes de lo que se me ocurre, porque esas cuatro quintas partes de mis pensamientos espáñoles no se pueden decir bienamente en francés, a pesar de que ambas lenguas son tan próximas. Pues no se crea que no pasa lo mismo, bien que en menor medida, cuando

pensamos en nuestro idioma: sólo el preconcepción contrario nos impide advertirlo. Con lo cual me veo en la terrible situación de provocar una segunda tormenta mucho más grave que la anterior. En efecto; todo lo dicho viene por fuerza a resumirse en una fórmula que ostenta francamente sus insolentes bíceps de paradoja. Es ésta: no se entiende en su raíz la estúpida realidad que es el lenguaje si no se empieza por advertir que el habla se compone sobre todo de silencios. Un ser que no fuera capaz de renunciar a decir muchas cosas, sería incapaz de hablar. Y cada lengua es una ecuación diferente entre manifestaciones y silencios. Cada pueblo calla unas cosas para poder decir otras. Porque *todo* sería indecible. De aquí la enorme dificultad de la traducción: en ella se trata de decir en un idioma precisamente lo que este idioma tiende a silenciar. Pero, a la vez, se entrevé lo que traducir puede tener de magnífica empresa: la revelación de los secretos mutuos que pueblos y épocas se guardan recíprocamente y tanto contribuyen a su dispersión y hostilidad; en suma, una audaz integración de la Humanidad. Porque, como Goethe decía: «Sólo entre todos los hombres es vivido por completo lo humano.»

IV

NO HABLAMOS EN SERIO.

Mi pronóstico falló. La borrasca que presumía no se produjo. La paradójica sentencia penetró en la mente de los que me escuchaban sin provocar sacudidas ni espasmos, como una inyección hipodérmica que, afortunada, no tropieza con filamentos nerviosos. Era, pues, ocasión excelente para obrar en retirada.

—Cuando esperaba de parte de ustedes la más fiera rebelión, me encuentro sumergido en un clima de paz. No extrañarán que lo aproveche para ceder a otro el monopolio de la palabra que, contra mi deseo, he venido ejerciendo. Casi todos ustedes saben de estos asuntos más que yo. Sobre todo, hay entre ustedes un gran maestro de la lingüística que pertenece a la nueva generación y sería para todos de gran interés que nos diese a conocer su pensamiento sobre los temas manipulados hasta aquí.

—Gran maestro no soy—comenzó el lingüista—; soy sólo un entusiasta de mi oficio, del cual creo que llega a su primera sazón de sublimidad, a la hora de la máxima cosecha. Y me complace adelantar que, en general, lo que usted ha dicho, y más aún lo que entuevo, y como palpo tras lo expresado, coincide bastante con mi pensamiento y con lo que, a mi juicio, va a dominar el futuro inmediato de la ciencia del lenguaje. Claro es que yo hubiera evitado el ejemplo del vocablo vasco para designar a Dios porque es cuestión muy batallona. Pero, en general, coincido con usted. Hagámonos bien cargo de cuál es la operación primaria en que cada lengua consiste.

El hombre moderno se siente demasiado orgulloso de las ciencias que ha creado. En ellas, ciertamente, cobra el mundo una nueva figura. Pero esta innovación es relativamente poco profunda. Consiste en una tenue película que hemos extendido sobre otras figuras del mundo que otras edades de la humanidad construyeron, las cuales son supuestos de nuestra innovación. Usamos a toda hora de esta gigantesca riqueza, pero no nos damos cuenta de ella porque no la hemos hecho nosotros, sino que la hemos heredado. Como buenos herederos, solemos ser bastante estúpidos. El teléfono, el motor de explosión y las perforadoras son descubrimientos prodigiosos, pero que hubieran sido imposibles si hace veinte mil años el genio humano no hubiese inventado el método de hacer fuego, el hacha, el martillo y la rueda. Lo propio acontece con la interpretación científica del mundo, que descansa y se nutre en otras precedentes, sobre todo en la más antigua, en la primigenia, que es el lenguaje. La ciencia actual sería imposible sin el lenguaje, no sólo ni tanto por la razón perogrullesca de que hacer ciencia es hablar, sino, al revés, porque el lenguaje es la ciencia primitiva. Precisamente porque esto es así, la ciencia moderna vive en perpetua polémica con el lenguaje. ¿Tendría esto algún sentido si el lenguaje no fuese de suyo un conocimiento, un saber que por parecemos insuficiente intentamos superar? No solemos ver con claridad cosa tan evidente porque desde hace mucho, mucho tiempo, la humanidad, por lo menos la occidental, no «habla en serio». No comprendo cómo los lingüistas no se han detenido debidamente ante este sorprendente fenómeno. Hoy, cuando hablamos, no decimos lo que la lengua en que hablamos dice, sino que usando convencionalmente y como en broma lo que nuestras palabras dicen por sí, decimos, con este decir de nuestra lengua, lo que nosotros queremos decir. Mi párrafo ha resultado un estúpido trabalgua, no es

cierto? Me explicaré: si yo digo que «el sol sale por Oriente», lo que mis palabras, por tanto la lengua *en que* me expreso, propiamente dicen es que un ente de sexo varónil y capaz de actos espontáneos—lo llamado «sol»—ejecuta la acción de «salir», esto es, brincar, y que lo hace por un sitio de entre los sitios que es por donde se producen los nacimientos — Oriente. Ahora bien; yo no quiero decir en serio nada de eso; yo no creo que el sol sea un varón ni un sujeto capaz de actuaciones espontáneas, ni que ese su «salir» sea una cosa que él *hace* por sí, ni que en esa parte del espacio acontezcan con especialidad nacimientos. Al usar esa expresión de mi lengua materna me comporto irónicamente, descalifico lo que voy diciendo y lo tomo en broma. La lengua es hoy un puro chiste. Pero es claro que hubo un tiempo en que el hombre indoeuropeo creía, en efecto, que el sol era un varón, que los fenómenos naturales eran acciones espontáneas de entidades volutariosas y que el astro benéfico nacía y renacía todas las mañanas en una región del espacio. Porque lo creía, buscó signos para decirlo y creó la lengua. Hablar fué, pues, en época tal, cosa muy distinta de lo que hoy es: era hablar en serio. Los vocablos, la morfología, la sintaxis, gozaban de pleno sentido. Las expresiones decían sobre el mundo lo que parecía la verdad, enuncian conocimientos, saberes. Eran todo lo contrario que una serie de chistes. Se comprende que en el viejo lenguaje de que procede el sánscrito y en el griego mismo conserven los vocablos «palabra» y «decir»—*bráhma*, *logos*—un valor sagrado.

La estructura de la frase indoeuropea transcribe una interpretación de la realidad, para la cual lo que acontece en el mundo es siempre la acción de un agente sexuado. De aquí que se componga de un sujeto masculino o femenino y de un verbo activo. Pero hay otras lenguas donde la frase tiene una estructura muy distinta y que supone interpretaciones de lo real muy diferentes de aquella.

Y es que el mundo que rodea al hombre no se presenta originariamente con articulaciones inequívocas. O dicho de modo más claro: el mundo, tal y como él se nos ofrece, no está compuesto de «cosas» radicalmente separadas y francamente distintas. Hallamos en él infinitas diferencias, pero estas diferencias no son absolutas. En rigor, todo es diferente de todo, pero también todo se parece un poco a todo. La realidad es un «continuo de diversidad» inagotable. Para no perdernos en él tenemos que hacer en él cortes, acotaciones, apartados; en suma, establecer con carácter absoluto diferencias que en realidad sólo son relativas. Por eso decía Goethe que las cosas son diferencias que nosotros ponemos. Lo primero que

el hombre ha hecho en su enfrente intelectual con el mundo es clasificar los fenómenos, dividir lo que ante sí halla, en clases. A cada una de estas clases se atribuye un signo de su voz, y esto es el lenguaje. Pero el mundo nos propone innumerables clasificaciones y no nos impone ninguna. De aquí que cada pueblo cortase el volátil del mundo de modo diferente, hiciese una obra cisoria distinta, y por eso hay idiomas tan diversos con distinta gramática y distinto vocabulario o semantismo. Esa clasificación primigenia es la primera suposición que se hizo sobre cuál es la verdad del mundo; es, por tanto, el primer conocimiento. He aquí por qué, en un principio, hablar fué conocer.

El indoeuropeo creyó que la más importante diferencia entre las «cosas» era el sexo, y dió a todo objeto, un poco indeciblemente, una calificación sexual. La otra gran división que impuso al mundo consistió en suponer que cuanto existe o es una acción—de aquí el verbo—o es un agente—de aquí el nombre.

Frente a nuestra paupérrima clasificación de los nombres—en masculinos, femeninos y neutros—los pueblos africanos que hablan las lenguas bantues presentan otra riquísima: en alguna de éstas hay veinticuatro signos clasificadores—es decir, frente a nuestros tres géneros, nada menos que dos docenas. Las cosas que se mueven, por ejemplo, son diferenciadas de las inertes, lo vegetal de lo animal, etc. Donde una lengua apenas establece distinciones, otra vuelca exuberante diferenciación. En Eise hay treinta y tres palabras para expresar otras tantas formas diferentes del andar humano, del «ir». En árabe existen cinco mil setecientos catorce nombres para el camello. Evidentemente, no es fácil que se pongan de acuerdo sobre el jorobado animal un nómada de la Arabia desierta y un fabricante de Glasgow. Las lenguas nos separan e incomunican, no porque sean en cuanto lenguas distintas, sino porque proceden de cuadros mentales diferentes, de sistemas intelectuales dispares—en última instancia—, de filosofías divergentes. No sólo hablamos en una lengua determinada, sino que pensamos deslizándonos intelectualmente por carriles preestablecidos a los cuales nos adscribe nuestro destino verbal.

Callé el lingüista y quedé con la punta de su aguda nariz señalando a un vago cuadrante del cielo. En las comisuras de sus labios parecía germinar y como ensayarse una sonrisa. Comprendí en seguida que aquella mente perspicaz era de las que caminan dialécticamente, dando un golpe a un lado y otro al opuesto. Como soy de la misma ganadería me complació descubrir el enigma que su discurso nos planteaba.

—Subrepticamente y con astuta táctica—dije—nos ha llevado usted ante el abismo de una contradicción, sin duda para hacérnosla sentir con mayor viveza. Ha sostenido usted, en efecto, dos tesis opuestas. Una: que cada lengua impone un determinado cuadro de categorías, de rutas mentales; otra: que los cuadros que constituyen cada lengua no tienen ya vigencia, que los usamos convencionalmente y en broma, que nuestro decir no es ya propiamente decir lo que pensamos, sino sólo «maneras de hablar». Como ambas tesis son convincentes, su conflagración nos invita a plantearnos un problema que hasta ahora no había estudiado el lingüista, a saber: qué hay de vivo y qué hay de muerto en nuestra lengua; qué categorías gramaticales siguen informando nuestro pensamiento y cuáles han perdido vigencia. Porque de cuanto nos ha dicho usted lo más evidente es esta proposición escandalosa que enzarza los cabellos de Meillet y de Vendryes: nuestras lenguas son un anacronismo.

—Efectivamente—exclamó el lingüista. Esa es la cuestión que deseaba sugerir, y ése es mi pensamiento. Nuestras lenguas son instrumentos anacrónicos. Al hablar somos humildes rehenes del pasado.

V

EL ESPLENDOR.

—La hora avanza—dije al gran lingüista—, y esta reunión tiene que dispersarse. Pero yo no quisiera renunciar a saber lo que usted piensa sobre la faena de traducir.

—Pienso como usted—repuso—: pienso que es muy difícil, que es improbable, pero que, por lo mismo, tiene gran sentido. Es más: creo que ahora llegamos por vez primera a poder intentarla en grande y a fondo. Conviene advertir, de todos modos, que lo esencial sobre el asunto fué dicho hace más de un siglo por el dulce teólogo Schleiermacher en su ensayo *Sobre los diferentes métodos de traducir*. Según él, la versión es un movimiento que puede intentarse en dos direcciones opuestas: o se trae el autor al lenguaje del lector o se lleva el lector al lenguaje del autor. En el primer caso, traducimos en un sentido impropio de la palabra: hacemos, en rigor, una imitación o una paráfrasis del texto original. Sólo cuando arranca-

mos al lector de sus hábitos lingüísticos y le obligamos a moverse dentro de los del autor, hay propiamente traducción. Hasta ahora casi no se han hecho más que pseudotraducciones.

Partiendo de esto, yo me atrevería a formular ciertos principios que definirían la nueva empresa de traducir a que más que nunca, y por razones que luego, si háy tiempo, diré, es preciso dedicarse. Y hay que comenzar por corregir en su base misma la idea de lo que puede y debe ser una traducción. ¿Se entiende ésta como una manipulación mágica en virtud de la cual la obra escrita en un idioma surge súbitamente en otro? Entonces estamos perdidos. Porque esa transustanciación es imposible. La traducción no es un doble del texto original; no es, no debe querer ser la obra misma con léxico distinto. Yo diría: la traducción ni siquiera pertenece al mismo género literario que lo traducido. Conventría recalcar esto y afirmar que la traducción es un género literario aparte, distinto de los demás, con sus normas y finalidades propias. Por la sencilla razón de que la traducción no es la obra sino un camino hacia la obra. Si ésta es una obra poética, la traducción no lo es, sino más bien un aparato, un artificio técnico que nos acerca a aquélla sin pretender jamás repetirla o sustituirla.

Refirámonos, a fin de evitar confusiones, al género de versión que más nos importaría, que, a mi juicio, urge más: la de los griegos y latinos. Han perdido éstos para nosotros el carácter de modelos. Acaso sea uno de los síntomas más extraños y más graves de nuestro tiempo que vivimos sin modelos, que se nos ha atrofiado la facultad de percibir algo como modelo. En el caso de griegos y latinos, tal vez resulta fecunda nuestra presente irreverencia, porque al morir como normas y pautas renacen ante nosotros como el único caso de humanidad radicalmente distinta de la nuestra, en la cual—merced a lo mucho de ellos que se ha conservado—podemos penetrar. Grecia y Roma son el único viaje absoluto en el tiempo que podemos hacer. Y este género de excursiones son lo más importante que hoy se puede intentar para la educación del hombre occidental. Dos siglos de pedagogía matemática, física y biológica han demostrado por sus efectos que no bastan estas disciplinas para desbarbarizar al hombre. La educación fisicomatemática tiene que ser integrada por una auténtica educación histórica, la cual no consiste en saber listas de reyes y descripciones de batallas o estadísticas de precios y jornales en este o el otro siglo, sino que requiere... un viaje al extranjero, al absoluto extranjero, que es otro tiempo muy remoto y otra civilización muy distinta.

Frente a las ciencias naturales tienen hoy que renacer las «humanidades», si bien con signo diverso del que siempre tuvieron. Necesitamos acercarnos de nuevo al griego y al romano, no en cuanto modelos, sino, al contrario, en cuanto ejemplares errores. Porque el hombre es una entidad histórica y toda realidad histórica—por tanto, no definitiva—es, por lo pronto, un error. Adquirir conciencia histórica de sí mismo y aprender a verse, como un error, son una misma cosa. Y como eso—ser siempre, *por lo pronto* y relativamente, un error—es la verdad del hombre, sólo la conciencia histórica puede ponerle en su verdad y salvarle. Pero es vano pretender que el hombre actual sin más que mirarse a sí mismo se descubra como error. No hay más remedio que educar su óptica para la verdad humana, para el auténtico «humanismo», haciéndole ver bien de cerca el error que fueron los otros y, sobre todo, el error que fueron los mejores. De aquí que me obsesione, desde hace muchos años, esta idea de que es preciso rehabilitar para la lectura toda la antigüedad grecorromana—y para ello es inexcusable una gigantesca faena de nueva traducción. Porque ahora no se trataría de vender a nuestros idiomas del día las obras que valieron como modelos en su género, sino todas, indiferentes. Nos interesan, nos importan—repito—como errores, no como maestros. No tenemos apenas qué aprender de ellos por lo que dijeron, pensaron, cantaron, sino simplemente porque fueron, porque existieron, porque pobres hombres como nosotros, bracearon desesperadamente como nosotros en el perenne naufragio del vivir.

De aquí que importe orientar las traducciones clásicas en este sentido. Porque si antes dije que es imposible la repetición de una obra y que la traducción es sólo un aparato que nos lleva a ella, se colige que caben de un mismo texto diversas traducciones. Es imposible, por lo menos lo es casi siempre, acercarnos a la vez a todas las dimensiones del texto original. Si queremos dar una idea de sus calidades estéticas, tendremos que renunciar a casi toda la materia del texto para transcribir sus gracias formales. Por eso será preciso repartirse el trabajo y hacer de una misma obra traducciones divergentes según las aristas de ella que queramos traducir con precisión. Mas, en general, sobresale tanto el interés de aquellos textos, en cuanto síntomas de la vida antigua, que puede prescindirse de sus otras calidades sin pérdida seria.

Cuando se compara con el texto una traducción de Platón, aun la más reciente, sorprende e irrita, no que las voluptuosidades del estilo platónico se hayan volatilizado al ser verditas, sino que se pierdan las tres cuartas partes de las cosas, de las cosas mismas que

actúan en las frases del filósofo y con que éste, en su viviente pensar, tropieza, que insinúa o acaricia al paso. Por eso, no como suele creerse por la amputación de su belleza, interesa tan poco al lector actual. ¿Cómo va a interesar si han vaciado el texto antes y han dejado sólo un tenue perfil sin grosor ni temblores? Y esto que digo no es, conste, mera suposición. Es un hecho bien notorio que sólo una traducción platónica ha sido de verdad fértil. Y esta traducción es precisamente la de Schleiermacher y lo fué precisamente porque, con deliberado desdén, renunció a hacer una traducción bonita, y quiso, en una primera aproximación, hacer lo que voy diciendo. Esta famosa versión ha sido de gran servicio, inclusive para los filólogos. Porque es falso creer que este género de trabajos sirve sólo a los que ignoran el griego y el latín.

Imagino, pues, una forma de traducción que sea fea, como lo es siempre la ciencia, que no pretenda garbo literario, que no sea fácil de leer pero sí que sea muy clara, aunque esta claridad reclame gran copia de notas al pie de la página. Es preciso que el lector sepa de antemano que al leer una traducción no va a leer un libro literariamente bello, sino que va a usar un aparato bastante enojoso pero que le va a hacer de verdad transmigrar dentro del pobre hombre Platón que hace veinticuatro siglos se esforzó a su modo por sostenerse sobre el haz de la vida.

Los hombres de otros tiempos habían menester de los antiguos en un sentido pragmático. Necesitaban aprender de ellos muchas cosas para utilizarlas con plena actualidad. Se comprende que entonces la traducción intentase modernizar el texto antiguo, asimilándolo al presente. Pero nuestra conveniencia es la contraria. Necesitamos de ellos precisamente en cuanto son disímiles de nosotros, y la traducción debe subrayar su carácter exótico y distante, haciéndolo como tal inteligible.

No comprendo cómo cada filólogo no se considera obligado a dejar traducida en esta forma alguna obra antigua. En general, todo escritor debería no menospreciar la ocupación de traducir y complementar su obra personal con alguna versión de lo antiguo, medio o contemporáneo. Es preciso renovar el prestigio de esta labor y encarecerla como un trabajo intelectual de primer orden. Si se hiciese así, llegaría a convertirse el traducir en una disciplina *swí generis* que cultivada con continuidad, segregaría una técnica propia que aumentaría fabulosamente nuestra red de vías inteligentes. Pues si me he fijado especialmente en las versiones del griego y el latín, ha sido sólo porque en ese caso la cuestión general se hace

más patente. Pero en una u otra medida, los términos del asunto son los mismos referidos a cualquiera otra época o pueblo. Lo decisivo es que, al traducir, procuremos salir de nuestra lengua a las ajenas y no al revés, que es lo que suele hacerse. A veces, sobre todo tratan dose de autores contemporáneos, será posible que la versión tenga, además de sus virtudes como traducción, cierto valor estético. Entonces será miel sobre hojuelas—como dicen ustedes los españoles, probablemente sin tener idea de lo que son hojuelas.

—Le oigo con mucho placer—dije yo para concluir. Es cosa clara que el público de un país no agradece una traducción hecha en el estilo de su propia lengua. Para esto tiene de sobra con la producción de los autores indígenas. Lo que agradece es lo inverso: que llevando al extremo de lo inteligible las posibilidades de su lengua transparezcan en ella los modos de hablar propios al autor traducido. Las versiones al alemán de mis libros son un buen ejemplo de esto. En pocos años se han hecho más de quince ediciones. El caso sería inconcebible si no se atribuye en sus cuatro quintas partes al acierto de la traducción. Y es que mi traductora ha forzado hasta el límite la tolerancia gramatical del lenguaje alemán para transcribir precisamente lo que no es alemán en mi modo de decir. De esta manera el lector se encuentra sin esfuerzo haciendo gestos mentales que son los españoles. Descansa así un poco en sí mismo y le divierte encontrarse un rato siendo otro.

Pero esto es muy difícil de hacer en la lengua francesa. Yo siento que mis últimas palabras en esta reunión sean involuntariamente agresivas, pero el tema de que hablamos las impone. Son éstas: de todas las lenguas europeas, la que menos facilita la faena de traducir es la francesa...

DEFENSA DEL TEÓLOGO FRENTE AL MÍSTICO